AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA

"Los mensajes flotan envueltos en cristal"

La obra de la alicantina Esperanza Asensi, profesora de artes plásticas, nos acerca con maestría a la figura humana, y ocupa junto a los textos inspirados, el cuadernillo central que le dedicamos.

Asociación Cultural AUCA de las Letras
Revista Cuatrimestral

Nº 33 - Marzo 2015

AUCA

© De los textos e imágenes, los autores

Coordinación : Manuel Parra Pozuelo

Consejo de Redacción : Mª Rosario Mohinelo, Manuel Parra Pozuelo y Juan Vicedo Sánchez

Consejo asesor : Adolfo Celdrán, Luis S. Taza, Mª Isabel Pintos, Julia Díaz Javier Rueda, Mercedes Rodríguez, Trinitario Rodríguez Lucía Espín Martínez, Francisco Alonso Ruiz, Ricardo Pérez.

Colaboradores : Gloria Lafuente, Cristina Espinosa, Aurora Seguí, Marcos Callau, Eugenio Marcos Oteruelo, Harmonie Botella, Frcº José Vargas, José Luis Rúa, Geles Soria, Ana Ponce de León, Carmen Navarro, Mª Dolores Carretero, Isabel Pérez Aranda, Alejandra Hernández.

Maquetación : Mercedes Rodríguez
Diseño de portada : Francisco Javier Fernández
Delegada de Ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697-9877

Ilustración de la portada : *Los mensajes flotan envueltos en cristal* de Esperanza Asensi

Imprime : Gráficas Cervantes

Correspondencia:
c/Gravina, 4 -Centro Loyola- 03002-ALICANTE
mparra@postalvia.com
ahmati52@gmail.com

Las personas interesadas en posibles colaboraciones, deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a las direcciones que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores

ÍNDICE

	AUTOR	página
Presentación	Mª Rosario Mohinelo	2
Reflexión sobre la naturaleza	Luis S. Taza	3
Cita a ciegas	Mª Rosario Mohinelo	4
Nostalgia	Gloria Lafuente	5
Turbiamente	Adolfo Celdrán	6
En una antigua ciudad romana	Juan Vicedo	7
La casa familiar	Airam Lebasi	8
Retrato / Noviembre	Aurora Seguí / Javier Rueda	9
Jugando en la bahía	Manuel Parra Pozuelo	10
Raíz / Nacer para morir	Julia Díaz Climent/ Lucía Espín	11
Relatos de Oychó, el jardín flotante (VI)	Mercedes. R. García-Olías	12
Canto a la vida 6º	Luis S. Taza	17
Cuenta de los días / Las noches	Francisco Alonso Ruiz	18
Año Cero (distopía)	Adolfo Celdrán	19
Donde quiera que estés	Mercedes R. García-Olías	20
Cuadernillo de la pintora ESPERANZA ASENSI	Varios autores	21-32
Días de guerra	Javier Rueda	33
Mis ojos no te encuentran	Airam Lebasi	34
Mil tonos	Isabel Pérez Aranda	35
Una sirena de ensueño	Adolfo Celdrán	36
Un tiempo que se fue	Manuel Parra Pozuelo	37
Tú y yo / A la poesía	Lucía Espín / Mª Rosario Mohinelo	38
Por si pierdo el norte	Geles Soria	39
Cine de barrio	Juando	40
No es tan fácil vivir / Intemporal Guernica	Lucía Espín / Harmonie Botella	41
Una ciudad nacida de los restos que trajo l hojarrsca	Airam Lebasi	42
La Cadiera	Marcos Callau	43
Vuela conmigo	Mª Dolores Carretero	44
Preámbulo del miedo	Eugenio Marcos Oteruelo	45
Luna Gitana	Alejandra Hernández	46
La ciudad que olvida	Francisco Alonso Ruiz	47
Premonición	Trinitario Rodríguez	48
Tetragrama	Mercedes R. García-Olías	49
Dentro nada asciende	Julia Díaz Climent	50
Sin lamentarme espero mi futuro en el polvo	Manuel Parra Pozuelo	51
El adiós	Francisco José Vargas	52
Ahora que soy mayor	José Luis Rúa Nácher	53
Raíz de regaliz	Ana Ponce de León	54
Rosas / La rosa blanca	Javier Rueda	55
Nacer	Trinitario Rodríguez	56
El árbol desnudo (Otoño-Invierno)	Luis S. Taza	57
Mi cabeza no	Adolfo Celdrán	58
Una Gitana	Javier Rueda	59
El incógnito amado	Julia Díaz Climent	60
Reinventarse	Cristina Espinosa	61
El Sonido de la memoria, libro de Rafael	Mercedes R. García-Olías	62
Academia platónica	Juan Vicedo	63
La casa de la sierra	Carmen Navarro	64
Cantares de Somontes	Manoli Dafauce	65
Que estás en los cielos	Ricardo Pérez	66
Poemas Pequeños	Francisco Alonso Ruiz	67
Dos Noticias Aucanas	Luis S. Taza / Manuel Parra	

PRESENTACIÓN

De nuevo nos encontramos con las páginas de AUCA, en esta ocasión con la revista número 33, -cifra con gran carga connotativa-, para ofrecerles nuestros trabajos con la esperanza de que sean del agrado de ustedes, su crítica, benevolente y podamos seguir reuniéndonos en el futuro.

Como no podía ser de otra manera, con la llegada de la primavera a una tierra tan propicia a la lírica como la nuestra, sus páginas están plenas de poemas, los hay de amor, nostálgicos, reflexivos, reivindicativos, heridos por el tiempo o esperanzados… Algunos de estos poemas son de poetas conocidos por su obra y otros de poetas vocacionales que comienzan, como nuestro compañero el pintor Javier Rueda, que ha caído recientemente en los brazos de Erato, y al que auguramos tanto éxito como con su pintura. A unos y otros menciono a continuación siguiendo el orden en que aparecen sus poemas en la revista: Luis Taza, Javier Rueda, Gloria Lafuente, Adolfo Celdrán, Manuel Parra, Aurora Seguí, Julia Díaz, Lucía Espín, Francisco Alonso Ruiz, Mercedes Rodríguez, Airam Lebasi, Isabel Pérez Aranda, Juan Vicedo, M. R. Mohinelo, Harmonie Botella, Marcos Callau, Mari Carretero, E. Marcos Oteruelo, María Cristina Espinosa, Trinitario Rodríguez, Francisco José Vargas Capilla, José Luis Rúa Nácher, Alejandra Hernández Valido y Manoli Dafauce.

Los relatos, citados también los autores según aparecen en la revista, son: Cita a ciegas, de M. R. Mohinelo; La casa familiar y Una ciudad nacida de los desperdicios que trajo la hojarasca, de Airem Lebasi; Relatos de Oycho, El jardín flotante y Cuentos de la Dama Sabia, de Mercedes Rodríguez; Año cero, Una sirena de ensueño y Mi cabeza no, de Adolfo Celdrán; Una ciudad que olvida las palabras, de Francisco Alonso Ruiz; Raíz de regaliz, de Ana Ponce de León y Por si pierdo el norte, de Geles Soria.

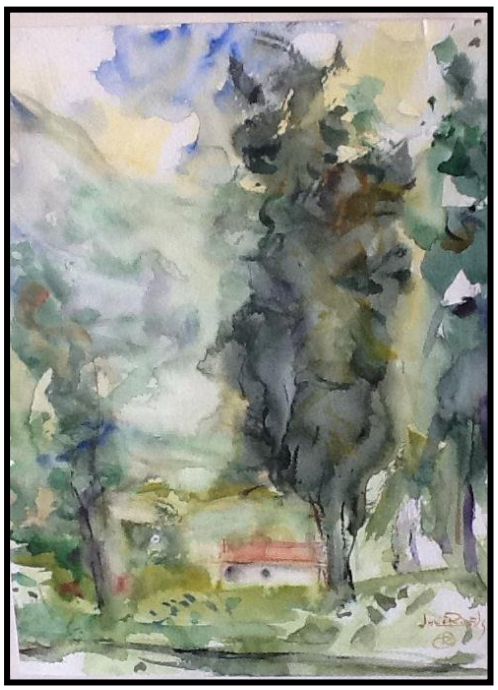
El cuadernillo central homenajea en esta ocasión a la pintora Esperanza Asensi, que nos ha permitido embellecer nuestras páginas con algunas de sus obras. Esperanza Asensi ha sabido crear un mundo propio lleno de gracia y una sencillez difícilmente conseguible, donde lo mítico y lo actual se aúnan armoniosa y poéticamente, cualidades que son el sello de la artista.

Rafael Gavilán en su novela “El sonido de la memoria”; que comenta nuestra compañera Mercedes Rodríguez nos explica la vida y avatares de un violonchelo.

Como colofón, también Manuel Parra, nos habla del cuarto centenario de la publicación de la segunda parte de El Quijote.

María Rosario Mohinelo

Reflexión sobre la naturaleza



Paisaje, de Javier Rueda

La naturaleza,
esa forma de vida,
no sueña,
ni permanece dormida.

La naturaleza, en silencio: vive.
A veces grita con su propia voz.
Otras, nos demuestra todo su dolor.
Y ni siquiera así la escuchamos con atención.

La naturaleza es
incomprensible y antagónica:
aliada, madre herida,
origen y retorno,
alfa y omega,
fin y principio.

La naturaleza también es:
belleza, destructora y constructora,
terrible y temible demoledora
o perfecta y única creadora,
guardiana indiscutible de los grandes secretos.
Pilar donde se sustenta el cosmos
y nacen todos los universos.

No se trata de que el hombre intente dominar su poder inmenso, sino que la conozca y colabore con ella, para conservarla y conservar esta vida nuestra y sus insondables misterios.

Luís S. Taza Hernández

CITA A CIEGAS

María Rosario Mohinelo

Había comenzado a padecer aquel frío intenso que le cortaba el aliento y le mordía las articulaciones unos años antes, cuando se casó su única hija. Al finalizar el banquete de bodas, en el momento de partir los recién casados hacia el país lejano donde se establecerían por imperativos laborales, la novia arrojó el ramo nupcial a sus amigas. Con las largas crines del lazo de raso culebreando en el aire, inició éste un vuelo que tenía algo de cometa y al pasar dejó caer sobre ella una nevada de pétalos blancos, premonitoria de lo que se avecinaba.

Lucharon las jóvenes por atrapar el ramo gritando, riendo, palmoteando, mezclándose su algarabía con las felicitaciones y el chasquido de los besos de despedida. Entonces, aunque el calor era agobiante, el sol calcinaba las plantas y era necesario protegerse los ojos de la reverberación de la luz, ella sintió claramente un escalofrío ascender a oleadas por sus piernas erizándole el vello. Días después esta desoladora sensación se acentúo, avanzó hasta enseñorearse de su cintura; allí permaneció pasando a formar parte de su organismo, se hizo intolerable al trepar por la espalda, enroscarse en la garganta y aterrizar en la mandíbula produciéndole un traqueteo de dientes a duras penas dominable.

Tratando de defenderse, de contener aquella destemplanza infinita, mantuvo encendidos, incluso en verano, el brasero de la mesa camilla, la vieja salamandra del pasillo y la mariposa de la Virgen y dejó extendidas las alfombras sobre las que vagaba a la deriva envuelta en ropas afelpadas y toquillas espumosas. Embutió la cabeza en gorros de lana, las manos en mitones, los pies en gruesos calcetines y monstruosas botas, peludas como las patas de un oso. El cuello, que siempre había sido su punto débil -al nacer lo llevaba protegido por tres vueltas del cordón umbilical y jamás se consoló de su separación-, lo abrigaba con chales y bufandas y dormía sepultada por un alud de mantas y edredones.

A pesar de haberla servido fielmente durante años, despidió a la sirvienta, indignada al descubrir cómo, a escondidas, abría las ventanas con el higiénico propósito de renovar al aire estancado de las habitaciones, que desde aquel momento permanecieron herméticamente cerradas.

Pero todo fue en vano; no sólo su cuerpo, sino también la casa y su contenido sufrieron los efectos devastadores del gélido fenómeno. Lo advirtió un día mientras abrillantaba la plata exhibida en la vitrina del salón, cuya belleza siempre había significado un orgullo para ella. Repentinamente, le pareció un despilfarro sin sentido el tiempo dedicado tanto a su cuidado, como al del resto de los objetos reunidos a lo largo de su dilatada vida. ¿Para qué?, se preguntó. En aquel momento la frialdad del metal se acentuó hasta equipararse a un témpano, y hubo de arrojarlo de sus manos incapaz de soportar su contacto. Simultáneamente, las lámparas, las cristalerías, las porcelanas se congelaron adquiriendo un diamantino resplandor helado que intensificó el descontrol de sus dientes. Lo mismo sucedió con los espejos; los cubrió temerosa de ser engullida por ellos y quedar atrapada, a la manera de los insectos fósiles en los bloques ambarinos, en la insondable profundidad agazapada bajo la pulida lámina de la superficie, donde se reflejaba su estrafalaria imagen y la tristeza de sus ojos empañados por aquella bruma invernal.

Frías, glaciales, encontró también las perlas de los collares, las piedras de los anillos, las amarillentas teclas del piano; cristalizados los flecos del mantón traído por su abuelo de Manila; remotos, petrificados, los rostros de sus antepasados en los retratos, con los cabellos, barbas y bigotes centelleantes de escarcha; trocados en vidriosos carámbanos las plantas de las macetas; marmóreo el tacto de la madera; rígido y quebradizo el cuero del sillón de orejas. Sólo los libros escaparon al hechizo, pero ella no lo advirtió porque había perdido el hábito de la lectura.

Tuvo que pasar un tiempo hasta comprender que era en su interior donde había anidado aquella semilla ártica que, multiplicada y madurada en ventisquero, esparcía por donde pasaba, hasta hacer de la casa una especie iceberg desorientado, anclado por error en aquel pueblo sureño, resistiendo sin desmoronarse, el Señor sabría por qué, el calor del sol.

Dejó de salir a la calle temerosa de extender el portento y perjudicar la economía local, basada en el turismo invernal gracias a la benignidad del clima. En consecuencia, dejó de frecuentar la iglesia. Dadas las circunstancias Dios no se lo tendría en cuenta, estaba segura, pues, ¿qué hubiera sucedido si llegan a cuajarse los santos óleos y helarse el agua bendita?

Cuando comenzaron a granizarse las sopas, a transformarse en sorbetes las infusiones, no le cupo duda alguna de que el problema era irresoluble y toda lucha inútil. Cayeron las escamas de sus ojos y volvió a gozar de lucidez. Por primera vez en mucho tiempo se vio como realmente era: una frágil mujer solitaria regresando al punto de partida, al misterio de donde surgió.

Dando gracias al Cielo por salvarla de ser carcomida por los estragos de la senilidad, comenzó a prepararse para el acontecimiento. Aceptó con serenidad que morir es tan natural como nacer y no en pocas ocasiones menos doloroso. La confortó la seguridad de volver a la nada, al no ser, no pensar, no sentir, no desear; desvanecerse, diluirse, reintegrarse tras esa cita a ciegas a un merecido descanso después de una larga vida de lucha.

Escribió una breve misiva a su hija instándola a disfrutar del presente sin pensar demasiado en el futuro, y a no perder ni un solo momento sufriendo por su ausencia. Después, fue sacando del cajón de la cómoda donde yacían, los objetos que constituían el resumen sentimental de su existencia y que, al igual que ella, estaban condenados al olvido. No quiso repasar las amarillentas fotografías, testimonios de acontecimientos familiares y de momentos dichosos de los tiempos en que todo era una promesa, ni releer las cartas de amor que hablaban con voces extinguidas, temerosa de que el peso de la nostalgia se le hiciera insufrible y flaqueara su ánimo.

Abrió la portezuela de la salamandra y, uno a uno, fue arrojando los objetos al fuego, lenta, suavemente, acompañándolos de los secretos inconfesables, los destructivos rencores y los sueños inalcanzables que habían lastrado su corazón durante décadas. Tras aquel auto de fe se sintió tan ligera que no dudó en poder ascender hasta las altas estrellas.

Después de un baño tibio cepilló su pelo blanco durante unos minutos; luego, se puso su más bello camisón; por último, una vez bien mullidas las almohadas, se acostó en la enorme cama. Envuelta de pies a cabeza en la esponjosidad de las mantas, como una oruga en el capullo a la espera de la resurrección, comenzó a susurrar sus oraciones. No tenía miedo. Toda tensión había desaparecido. Una inmensa paz se fue adueñando de su espíritu a la par que un reconfortante calorcillo, después de tanto tiempo, lo hacía de su cuerpo.

Se abandonó a una lasitud dulcísima pero aún pudo oír, muy lejanos, los timbrazos del teléfono resonando en las habitaciones vacías. “A buenas horas, mangas verdes”, pensó. Se rió de su propia ocurrencia en momento tan solemne antes de dormirse definitivamente.

Nostalgia

Y volveré a observar embelesada
el campo de amapolas escarlata
y forjaré unos sueños de oro y plata
al solaz de la noche recostada.

Surcos de musgo como leve almohada,
la diosa Aurora con su gran sonata,
cual cántico sublime de una oblata
presidirá la tímida alborada.

Andaré por viñedos y bancales,
por las verdes llanuras y cañadas,
tocando con mis manos los maizales.

Volveré a ver los pastos, las majadas,
surcaré levemente los trigales
de espigas vespertinas y doradas.

Gloria Lafuente Megías

Turbiamente

Turbiamente:
Esa es la palabra
la vida.

Turbiamente

como el amor
y el sexo
y la poesía

Turbiamente
como el vino turbio
como la cópula
como la sonrisa compartida y cómplice:

Turbia,
callada,
impetuosa,
relajada,
alegre
Clara y turbiamente

como la mente: turbia – mente.

Así te veo
cuando entornas los ojos.
Así me ves
cuando estás en el borde

Clara y turbiamente.

Porque así es como somos
y así nos proclamamos
llana y rotundamente
contra turbias banderas

Adolfo Celdrán

En una antigua ciudad romana
….muy noble, muy ilustre y siempre heroica ciudad….

En las cenizas de mármoles y ónice,
entre hierros que el tiempo ha retorcido,
un barco negro flota y sube
por encima del puerto,
por encima de las colegiatas abandonadas,
que ahora son tierra y polvo
y lucen en el sol de los vertederos húmedos,
podridos.

Las naves que atraviesan la bocana
y se aventuran en la mar mayor,
pueden salvarte, tierra,
pueden salvarte, monte,
perdido tú también
en los abandonos del silencio.

Y quisiera la madre para sus hijos
la bóveda de crucería,
las voces mixtas de los orfeones,
el motete sublime en la salutación de un dios
o el aria en las celebraciones nupciales,
cuando la esposa ríe en sus entrañas.

Pero ha llegado el triunfo de los hierros,
la canción de los óxidos salinos,
y el huracán y el viento de lebeche
han puesto cerco a las murallas,
que pierden sus almenas
y quedan derruidas en los suelos de sangre.

En la ciudad de ayer,
las muchachas han sido derrotadas.

Juan Vicedo

LA CASA FAMILIAR
Airam Lebasi

Nosotros amábamos la casa porque ella guardaba para siempre nuestros más queridos recuerdos. Los abuelos, iniciadores de la saga, habían construido aquella casa con los caprichos de una vida en común y miras a una larga descendencia. Mi madre la heredó y nosotros nacimos en ella. Mi padre, médico, como el abuelo, tenía la consulta allí. La vida entre sus paredes era un continuo movimiento de gentes que entraban y salían. Tenía cuartos espaciosos pero no llegaban porque éramos cuatro hermanos. Según fuimos apareciendo tomamos posesión del espacio familiar y su espíritu formó nuestra alma. Se llenó de gritos, risas y carreras mezclados con el trajín de enfermos y personas que traían productos del campo.

Los olores y sabores son quizá los que con más arraigo permanecen en nosotros. Recorro desde la distancia su recinto y me encuentro en el fallado donde estaban los libros escondidos: la E*nciclopedia Americana*, mundo infinito de información en treinta tomos, novelas de escritores rusos, Gogol, Gorki, Dostoievski, Chejov... libros escritos en gallego, los poetas, Rosalía, Pondal, Curros Enriquez, Campoamor, Gabriel y Galán (a estos les podíamos llamar miedos de la contienda del treinta y seis que yacían ocultos a los ojos de algún malintencionado que nos visitase). Este lugar fue el germen de mis primeras lecturas y exploraciones y fuente de conocimiento de mis hermanos en la enciclopedia en la que curioseábamos incansables todo lo que se nos ocurría.

Por el día había siempre mucho jaleo con los pacientes que acudían a la consulta -nuestra casa era casa de médicos- como os dije antes. A pesar de eso conservaba una intimidad nunca lograda en otras viviendas en las que con el tiempo habitamos. Nuestra casa estaba rodeada de varios árboles: dos gigantescos camelios con sus flores invernales, de una blancura que desafiaba a la misma nieve, los naranjos del pinche que golpeaban con el viento la puerta de la cocina. Antes hablé de los camelios que por un capricho de la naturaleza se asomaban curiosos al comedor salón y cuarto de estar. En la esquina donde dormía yo una higuera daba asilo a mirlos y pegas que me despertaban con sus chácharas, además un limonero, de ramas extensas que invierno y verano tenía hermosos limones amarillos y albergaba nocturnos ruiseñores. La huerta de escogidas especies de toda clase de frutas. Los rosales injertados por papá, de variadas formas de rosas, los macizos de dondiegos y madreselvas que perfumaban las noches del verano. Y tantos y tantos recreos de la vista y del olfato.

Una visión indeleble es la de la muerte de nuestros familiares. Aquellas muertes que invadían su íntimo recinto acosado por gentes extrañas que acudían al duelo procedentes de aldeas y pueblos. Personas desconocidas para nosotros que éramos besados y estrechados por manos ajenas que olían a heno y tierra húmeda. La muerte de mi abuelo, que siendo una niña, ocurrió y al que acudieron gentes de la ciudad, autoridades y sencillos paisanos que querían dar su último adiós al amigo. Después la casa se quedaba silenciosa, como asustada y tardaba días en recobrar sus familiares sonidos en los que aparecía una nota diferente recordándonos al ser amado: su ausencia. Nunca desaparecerá nuestra casa. Su nostalgia es la nuestra, su vida forma parte de la nuestra. Ya dije que en ella nacimos y ocupamos una a una sus estancias. Hay otras casas más cómodas pero nunca olvidaremos nuestra casa.

Hoy la habitan personas a las que en secreto odiamos. El arbusto enredadera que envolvía la escalinata de piedra en la que permanecíamos las noches de verano escrutando el cielo y nombrando las estrellas que mi padre conocía, y de vez en cuando, una estrella fugaz nos dejaba deslumbrados y soñadores. Tenía una barandilla muy especial, de retorcidos adornos en piedra; ahora han desaparecido; así como las frondosas moreras de dulces moras blancas y moradas, los cerezos, las parras de uvas freixa dura... no están, las han abatido.

A veces paso anonadada por el camino con el peso de la nostalgia y miro, los ojos se me llenan de lágrimas, pero mi casa no está, nuestra casa murió. La casa de los abuelos raíz de nuestra vida será eterna mientras haya alguien que la recuerde, podrá desaparecer la piedra que la erigió pero permanecen ocultas bajo los cimientos todas nuestras esencias existenciales.

Airam Lebasi

RETRATO
Aurora Seguí Bielsa

En el rostro de mi madre lo más destacable eran sus ojos.
Entre verdosos y color miel, se reía con ellos sin necesidad de ver su boca.
Su cara surcada por profundas arrugas expresaba toda la bondad de su ya cansado corazón.
Cabellos blancos como la plata y unas piernas que se negaban a sostenerla.
Decir buena era poco, cariñosa, siempre pensando en los demás antes que en ella misma.
La recuerdo en el jardín de olivos y palmeras años atrás, corriendo entre las flores detrás de dos niñas gemelas, apenas unos bebés.
No había ninguna diferencia entre la niñez y la vejez, al menos no una diferencia sustancial y yo era el eslabón que las unía.

Noviembre

¿Nos dirá noviembre
que nunca es tarde para amar
y para esperar el invierno?

¿Nos cantara en sus días silenciosos?
y nunca rotos porque espera
la llegada de la tarde,
entre las ramas de los árboles
limadas por el viento.

¿Nos cantara al oído
con el alboroto de sus aves
que buscan sus nidos
para abrazar a sus polluelos?

Que las Diosas no nos roben
el aire de la tarde,
que dejen los caminos
con pétalos de rosas
y los conviertan
en grandes paraísos.

Javier Rueda

Jugando en la bahía

Cuando Manuel dijera
que era un niño
jugando en la bahía
Desde aquel tiempo
tan lejano y ausente
que hoy tanto nos abruma
nos acosa y nos hiere.

Una causa terrible
inunda nuestras sombras,
lo que antes fuera luz,
camino deslumbrante
que aún estaba naciendo.
Sin embargo la música,
el sol de la bahía
nos llenó el corazón
de cantos y harmonías.
El año allí empezó
un su mar incesante
en aquel vino dulce
que no se acaba nunca,
que llenará de gozó
al final presentido.

Más nada queda ya
del fuego que evocamos,
desnudos nos miramos
y en las tardes nos vemos
para el viaje dispuestos,
casi el pie en el estribo.
Nos acoge el recuerdo
y en él nos sumergimos.
La bahía ¡tan presente¡
aún llora esta mañana,
por tanto mar, por todo
lo que la vida ha sido.

Manuel Parra Pozuelo

DOS POEMAS

Raíz

Me he hecho raíz, callo de tierra
esperanza de agua nutritiva
corazón oscuro de la savia
lengua de cálamo que aspira a hacerse hoja
cimiento curvo de abrazo consagrado.

Raíz, y mis ojos
horadando el sueño mineral del mundo
combatiendo entre la oscuridad y el vuelo.

Raíz, boca preñada de alas aún semilla
aún esencia de grito esperanzado.

Julia Díaz Climent

Nacer para morir

Desde mi nacimiento
sigo pegada a dos tristes orejas
a un cabello violento
a un par de negras cejas
mas todo lo demás también son quejas.

Vivo porque he nacido,
no sé si por desgracia o por fortuna.
Seré pacto elegido
bajo el sol o la luna,
por la devastadora muerte hambruna.

Mientras vivo la espero,
con mis orejas una a cada lado,
con el cabello al cero,
sin cejas, sin pasado.
Vivir para morir, es obligado.

Lucía Espín

RELATOS DE OYCHÓ (*), EL JARDÍN FLOTANTE. VI

Mercedes Rodríguez García-Olías

BALELES

Algunos empleados de mi padre vivían en el poblado experimental de San Fernando a las afueras de la capital, que los administradores blancos edificaron para elevar el nivel de vida de la población nativa y para que se fueran haciendo a vivir al estilo europeo, que según su docta opinión era lo civilizado, y no en choza de nipa; algo parecido a lo que se hacía en la madre patria con los gitanos, sin la pimienta de los borricos aparcados en los soportales, pero con el salero de las gallináceas poniendo huevos como locas en el inodoro. Como el lugar quedaba lejitos, papá se pegaba madrugones de padre y muy señor mío para recogerlos con su furgoneta a las siete de la mañana pues la aventura de dejarlos a merced de la guagua podía ser un cuento sin fin como el de "María Sarmiento que se la llevó el viento"; la guagua no se sabía cuándo pasaría, ni dónde pararía, ni mucho menos cuando se le ocurriría llegar a su destino que siempre resultaba presunto y punto menos que milagroso. Esa guagua fue una institución colonial muy arraigada con sus catervas de nativos, pollos, racimos de bananas y manojos de ñame, encaramados en la baca o saliendo por las ventanillas. Algo muy del trópico, muy negro.

Difícil era pasar por San Fernando sin que hubiera alguna fiesta, alguna celebración: casorio, funeral o natalicio. Por eso era el centro ciudadano de los baleles, de los jolgorios de gentes negras bailando por las calles, origen africano de los grandes festejos caribeños y del carnaval de Rio de Janeiro. Negros en su salsa, en su catarsis, en promiscuidad, tirando al aire los tabús impuestos por los blancos y su cultura represiva; sudorosos, abigarrados cuerpos danzantes, color a raudales, porque todo vale en la vibrante comunión con el dios ctónico- el arcano, el pagano, el de siempre- a quien se invoca -Balalaié, Balalaié! -Oh Señor.-, de donde nacería probablemente el vocablo balele.

El Ñangüe, de Rosa Martínez Guarinos

Exacerbante el ritmo de los bongós todo lo invade: tapaderas, botellas, percusiones ascendentes de la profundidad de la misma tierra. Y tú no quieres, lo rehuyes, mientras la serpiente se remueve y te roza los pies; pero tú no quieres porque eres blanco....El estremecimiento te ha alcanzado cuando aparece el Poderoso Encantador, el Ñangüe con su tocado sol-y-luna de minúsculos espejos, con su traje de los cien mil pedazos coloreados del universo; oculto el rostro, cautiva el ánimo de los espíritus fatales en el interior de los espejuelos para atrapar así su nefasta voluntad. El Ñangüe totem-arquitectura, revoloteando, brincando, cantando la melopea, escupiendo por su boca lo que le place, hipnotizando.

Quizás sea el Ñangüe creación tardía, fruto del contacto con el hombre blanco que robaba al negro su espíritu haciendo que se mirara en el espejo, donde quedaba su alma agazapada para toda la eternidad, para siempre jamás.

Nadie sensible y amante de su tierra puede sustraerse al poderoso influjo del chamán danzante; pero tú te niegas porque los blancos no deben sucumbir ante el caluroso aliento de la pagana sierpe.

A mí la danza del Ñangüe me cautivó cada vez más, notaba bajo los pies el hormigueo de la serpiente que te llama, (por eso no tuve vergüenza de decirle a la tierra mía):

Yo a ti si te conozco
Yo a ti si te comprendo y te amo
Llevo grabada en los pies el fuego de tu huella rota
También te he regalado
Africa soñolienta, negro continente
el hollar de mis pequeños pasos

sembrados en tus esquinas.
Recuperar egombe-gombe,
la sed sufrida de tus cantos viejos
la música mistérica
-algunos dicen: salvaje-
pues bien, salvaje, tersa,
reluciente de sudores ácidos,
la danza visceral que señale el rumbo
de mi mensaje.
África, negra-negra
abrasada de calores, me has hecho como soy,
amante insaciable de la vida
feroz meditadora del Atlántico,
buscadora del futuro y del pasado.
Entre playas negras
mi infancia se empapó
del vaho de tus palmeras flexibles,
aplomadas con las estrellas.
Me abrí a la lectura de todos los cantos
de todos los creadores
junto al agua y sobre la pura piedra
buscando conjunción con tu horizonte
de playa fatigada.
África suda siempre
y esa excreción es juventud y vida;
notaba tu olor de negro continente
a cien kilómetros de tus costas,
porque sabía que me esperabas,
Amada mía.

A mi madre le gusta este poema, aun sin saber que la huella rota es la historia abortada del África negra, que los cantos viejos son la sangría negrera de su carne y que el vaho de las palmeras es el humus de la misma vida. Pero ella presume que soy quien soy porque descubrí a tiempo la huella rota, supe de los viejos cantos y decidí mojarme del vaho de las palmeras.

De todas las historias que papá me contó, cuando llegaba a la de Clarete, no podía reprimir la carcajada, porque le imaginábamos con la Biblia debajo de la axila, ejerciendo de santo "para que el Señor le tuviera siempre abiertas las etéreas puertas del cielo".

Es auténtico y real; un hombre de carne y hueso que aterrizó en la vida de mi padre sin mayores merecimientos que el de llamarse nada menos que Antonio María Claret. "¡La madre del cordero; vaya nombrecito!", pensó papá con su peculiar agilidad mental; viéndole además claro de piel, puso en marcha los mecanismos de síntesis, infalibles y una vena de casticismo madrileño; mató dos pájaros de un tiro rebautizándole "Clarete", como el vino. Era canela fina, tirando a gandulete, una pizca fanfarrón, y como guinda, peleón y putañero. Mi padre le regañaba constantemente por malqueda y chapucero; no conseguía hacer de él un trabajador responsable, hasta que un día notó que le mudaba la color del rostro, que andaba silencioso, circunspecto, sin armar camorra ni bulla y siguiendo las órdenes. Papá se preguntaba si le habría picado la mosca tse-tse- del sueño que amansa y deja bobos hasta a los más bravos. Le fue dando rodeos, barruntando que estaba raro o acaso enfermo; pero como al fin no variaba su aspecto meditabundo, decidió indagar entre sus compañeros porque Clarete no soltaba prenda. Preguntando a unos y a otros se enteró por Festus de que tenía "mal de cabeza", se movía por allí hablándole a todo quisque del fin del mundo; sin duda había perdido la razón o estaba turulato. Al poco tiempo iba al trabajo con una reluciente biblia bajo el sobaco; hasta que una mañana les dijo a todos sus compañeros, como quien descubre en un rapto de lucidez que los pajarillos maman, que había encontrado la salvación haciéndose Testigo de Jehová.

A tal pecador, tal redención; nunca volvió a organizar gresca, ni mujerear, ni abrir la bocaza; dejó de ser un tío simpático y alegre, aunque alcanzaría seguramente el perdón de sus muchos pecados y la eterna salvación de su alma. Todo transcurrió por buen camino, hasta que se le antojó que también su massa (mi padre) debía ser elegido para librarse del apocalipsis y se dedicó a darle la paliza bíblica a mi padre en cuanto tenía la menor oportunidad. ¡Menudo hueso fue a roer el muchachito!, intentando lograr con sólo la Biblia lo que mamá no había conseguido día a día con su sincera devoción en veinte años; hasta que papá se hartó de la murga y le mandó a tomar viento fresco. Con el mismo ímpetu y esmero que había puesto en pecar, se esforzaba ahora en redimir a los no iluminados por la gracia y aunque la mayoría huía de sus peroratas evangélicas, su ánimo no decaía ante tan nimias adversidades; incluso intentó hacer prosélito a Festus que era medio hausa y musulmán por su padre; pero su madre era de la etnia Ibo.

Cuando Festus sonreía mostrando los blanquísimos dientes en punta como colmillo de lince, temblábamos los chiquillos. Le creíamos caníbal, pero no lo era, sino que como la mayoría de sus paisanos ibos practicaba la costumbre de higienizarse la boca mordisqueando constantemente ramitas de un arbusto aromático parecido al paloduz: y la fricción les desgasta los dientes en pico, rasgo que además se considera de gran belleza y es muy cotizado en hombres y mujeres.

NIGERIA

Recuerdos de vidas y montañas iban quedando esparcidos en el lecho profundo del Atlántico, mientras el barco, como en tantas otras ocasiones, se acercaba a las costas de Nigeria. Quizás haríamos escala en Lagos. No lo sabíamos.

Nigeria es otro micromundo dentro del mundo del África nuestra; pensaron mis padres en desembarcar y pasear la ciudad porque no volvería a repetirse aquella oportunidad, pero el barco no entró en puerto y se quedó fondeado en la bahía.

Nigeria no era Congo; es espejo de la negritud por excelencia; la negrería, un gran país de nebulosas fronteras -fronteras inconclusas y artificiales como la mayoría de las fronteras del África negra- que había sido desde mediados del siglo XIX colonia británica, colonia-factoría ribereña, surgida de un conchabeo entre franceses asentados en el curso alto del Niger y los ingleses, colonizadores de la zona costera. Los entresijos del país fueron siempre tierra hostil al blanco y el blanco los dejó vegetar en silencio. Mis padres apenas conocían aquel país por la costumbre de los barcos de quedarse en medio del mar y no anclarse en el puerto. Habían estado muchas veces, pero siempre contemplándola de lejos, como si fuera un decorado de opereta.

Un país nacido de un rio, el Niger, en función de un delta gigantesco y geminado en veinte brazos; trescientos cincuenta kilómetros de boca arrojándose al Atlántico; el gran Río Negro que traza un enorme arco en el costado occidental del continente verde-negro-ocre, es el hermano bastardo del grande Nilo que el hombre pobló y amó desde la oscuridad de los tiempos. En África no sólo son grandes los ríos sino también sus cópulas finales con el mar que dibujan deltas de abanico, jeroglíficos de agua espesa y vida plena. En África los ríos son más que simples corrientes de agua, son tornasoles, lenguas de colores que se degradan del blanco de las cumbres, al verde de los fértiles valles, al ocre de los llanos y sabanas, al negro y al rojo de los aluviones finales. África se disuelve entera por las desembocaduras de los Dioses-Ríos: al Norte y Este por el Nilo y al Oeste por el Niger; el hombre blanco hasta hace poco supo donde morían pero no donde nacen los dos colosos.

Tres etnias pueblan la Nigeria. Los hausas que habitan el norte proceden de Sudán, son de religión islámica y muy oscuros de piel. Casi siempre van vestidos con chilaba y se consideran a sí mismos hombre muy libres, por lo que no soportan fácilmente patrón que les dé órdenes. Del contacto con el sur del Magreb han heredado los hausas, no solo la religión musulmana, sino su amor por el comercio al estilo árabe, en el que el valor de las cosas lo establece el que desea el objeto y no el que lo vende, con la chispa del regateo que le da encanto a la compra y deja a todos satisfechos. Venden sobre todo objetos artesanos, ébano tallado, esculturillas de palorrojo y teca, collares y pulseras de conchas cauris, cestos de todos los tamaños imaginables, preciosos y muy resistentes, marfil toscamente trabajado, pero de gran calidad (rosado y no blanco como el de la India que se cotiza especialmente por la labra y no por la calidad del hueso). Labran también asta de cebú, cuerno de rinoceronte y cualquier clase de colmillo o cornamenta que les caiga en las manos.

De este estilo de comercio los españoles sabemos un rato largo, aunque a medida que nos hacemos europeos -pamema que algunos consideran la más excelsa de las honras-, vamos perdiendo la alegría del mercado libre callejero y abierto donde todo es misterioso, futurible, desde trincar una ganga, hasta que te timen y otras truculencias derivadas de la labia, el salero y la libertad.

Muchos viven también ocupados en la agricultura (como en Chad, Niger y Alto Volta que son sus otros asentamientos actuales), principalmente del cultivo del mijo y del llamado sorgo o "pasto del Sudán", (especie de maíz) que son el cereal natural del África. ¡Qué bella es la imagen tradicional de la mujer negra moliendo el mijo con un palo largo a modo de mazo en grandes morteros de piedra o madera! ¡Qué hermosa estampa, representación típica de la vida agrícola de la sabana africana!

Los demás son bantús. Al oeste perviven los ibos, cuyos orígenes parecen fundirse con los de los yoruba. Entre los ibos, dicen, el canibalismo estuvo enraizado hasta muy tarde, quizás por eso mantienen la costumbre de afilarse los dientes y al sonreír parecen tiburones. Suelen adornarse la cara con profundas incisiones y escarificaciones redondas en la frente; son altivos y tienen fama de parlanchines; estos datos deben ser ciertos pues nosotros conocimos a Efion el fontanero cuya cara era un mapamundi; le gustaba andar por la calle hablándole al aire; todos pensaban que era un individuo peculiar y un poco tocado, pero era ibo, de modo que su proceder queda justificado.

El resto del territorio es dominio primordial de los yorubas. Yoruba significa astuto; el nombre se lo pusieron sus vecinos los fulani. Alcanzaron los yoruba una gran civilización feudal y agrícola, aunque ya bullía en la cabeza de los italianos el renacer del cuatrocento, lo que demuestra que los pueblos de raza negra no eran en modo alguno más atrasados que sus contemporáneos de raza blanca. (Benín, país segregado hoy de Nigeria por extraños azares postcolonialistas, logró cotas elevadísimas de bienestar social y refinamiento exquisito en las artes, sobre todo en el trabajo de los metales nobles).

Pero todo se jorobó para Nigeria cuando empezaron a convertirse los yorubas en presa de los árabes, y sus mujeres de singular belleza, en codiciadas joyas de sus harenes; (de esta masacre tampoco se libraron los de Dahomey, Togo, Sudán, Angola y todos los pueblos centroafricanos). Los propios yorubas ayudaron al suicidio colectivo cuando decidieron vender a sus enemigos vencidos a los compradores árabes que eran los amos del mercado; de cazadores astutos, se convirtieron luego en cazados y así se les acabó el curso de la historia, se les volteó el hado y declinaron estrepitosamente. Su sistema social era complejo y rico, basado fundamentalmente en feudos-ciudades-estado densamente poblados. Al principio vivieron esparcidos por los bosques y los llanos en pequeñas comunidades; pero su estratégica posición en el delta les hizo cautos pues los vecinos enseguida codiciaron sus fértiles tierras. Los gremios prosperaron con carácter casi de casta; algunos fueron poderosos y coparon los altos cargos cortesanos como el de los tintoreros que aún hoy dominan la técnica del tinte azul de índigo típico de los ropajes nobles. Otros, herreros y forjadores fueron siempre segregados por culpa de conocer los secretos del fuego, cuyos efectos pueden ser devastadores para el hombre de los llanos, por culpa de saber arrancarle a la tierra la entraña y con ayuda del fuego diabólico poder fundirla y hacer las armas: son malditos y temidos, sus hijas deben obtener una licencia especial para casarse.

Enseguida tuvieron que echar muros y fortificarse por las guerras tribales. En cada feudo el rey era denominado Oni, pero no lograba el cetro por el simple hecho de ser hijo de su padre, sino que el sucesor elegido no era el primogénito entre la distinta prole del Oni gobernante; durante años y años eran estudiados los descendientes por la nobleza y altos dignatarios de la corte y la corona solía recaer sabiamente en la testa del mejor dotado.

Los del norte se hicieron musulmanes a fuer de convivir con el Islam. Pero los yoruba nunca abandonaron a sus dioses aunque se hicieran muslimes o cristianos según conveniencias y necesidades. Con sus dioses en el corazón cruzaron a la fuerza y maniatados el Atlántico y en las islas del Caribe (Cuba, Jamaica y Haiti) exhumaron a Xangó y Ogún, al espíritu maligno Eshú y a todos los demonios; allí reavivaron el vudú, arma poderosa sobre todo contra la maldad del blanco que les arrancó de sus territorios ancestrales. Volvieron a gritar ¡balalaié, balalaié! cuando adoraron a la Virgen Santa o a Jesús Crucificado.

Luego la cosa empeoró cuando en América los indios resultaron flojos para los trabajos duros y alguien ideó la importación del negro, que aguanta como mulo lo que le echen porque está adaptado a la dureza de un continente inexpugnable, muy castigado por la fatalidad, donde los desiertos crecen y crecen al norte y crecen y crecen al sur; donde jamás llueve aunque los hombres propicien a sus dioses, y trópicos implacables, donde nunca deja de llover torrencialmente; una tierra que se debate secularmente entre extremos opuestos, entre vida y muerte.

Españoles y portugueses fuimos los pioneros del desastre (cuando nos sale de dentro el íbero loco que tenemos encerrado bajo siete llaves, se nos desmadra la mente, se nos encrespa el ánimo y nos damos a creaciones e inventivas temibles), pues llevamos a las Antillas azotes y enfermedades que terminaron rápidamente con el indio caribe; ni siquiera hizo falta machacarlos pues la gripe y la viruela se llevaban al otro barrio como chinches a los fieros y salvajes caribes, primos hermanos de jíbaros y seminolas de La Florida que tanta guerra dieron a los colonos de América del Norte hasta que los borraron de la faz de la tierra. También fueron hispanos los primeros que se apuntaron a lo de "a indio muerto, negro vivito y coleando".

Después del experimento antillano ya todo fue coser y cantar, trasiego de carnaza barata de negro cruzando el Atlántico. Y había buen mercado ¡vive dios!, con el anglosajón al norte pagando a dolar el tupe de sioux y apache, matándoles el búfalo de su sustento diario y llenándoles el alma de alcohol, sistema ternario perfectamente calculado para liquidar a miles de individuos molestos e inferiores, a quienes, según expertos mixtificadores, sesudos y enterados, no se les había ocurrido siquiera hacer casas decentes, en lugar de andar por ahí en tiendas de pellejo. (Habrá quien diga que no es para tanto en defensa de nuestros comunes amos norteamericanos, que los nazis se lo hicieron mucho más rápido, en solo cinco o seis años. Pero, oígame usted, ¡no compare, por favor! un método artesano a base de botellita de burbon y winchester, con un matadero industrial mecanizado).

Pues con la importación de unos cuantos negros estábamos, cuando España deja de ser un Imperio donde el sol no se ponía, nos asoma la vena quijotesca y el purismo católico; se nos acaba el oro, la plata y el monopolio de negro al detall; acto seguido entran a saco en el pingüe negocio los sajones, y al por mayor, que en cuestiones de escrúpulos de faltriquera son calvinistas o luteranos. (¡Perdimos totalmente la oportunidad de ser la comidilla de Occidente con el affaire de los esclavos!).

¡Pobre continente nuestro de los mil desmanes!, finquita privada de Europa, que jamás prosperó ya ni levantó cabeza de sus múltiples desgracias seculares.

(*) Es el nombre aborigen de la isla de Fernando Póo, donde me crie.

Las ilustraciones son de Rosa Martínez Guarinos, realizadas para estos Relatos.

Canto a la Vida nº 6

Mar, mar en infinito,
mis mares, mis mares queridos.

Mares de calmas y tormentas,
mares sanos y heridos,
esquilmados, doloridos,
mares cercanos, mares perdidos.

Navegando para llegar, allí,
donde duermen las blancas perlas del mar,
en esa playa donde se funden, y acarician,
las blancas espumas, de nácar y sal.

Besando, acariciando,
abrazando la fértil tierra,
que le saluda al llegar.

Y esa tierra de frutales llenos,
de verdosas huertas, de campos de trigo,
de sudorosas manos, que cultivan con inmenso esmero,
darán a la tierra vida, para dar vida de nuevo.

El aliento de esa vida se vestirá de alas,
alzará su vuelo,
en el aire de los tiempos,
en las nubes de los sueños.

Y así; tierras, aires y mares,
bailarán alegres,
estos humildes versos.

Luís S. Taza Hernández

Cuenta de los días

Al concluir la noche aparecía
el nuevo amanecer. Y todo aquello
era tan vivo y luminoso y bello
que he saludado emocionado al día.

Porque hay días así de primavera
días de la llamada del amigo
días de estar con todos y contigo
días de la esperanza y de la espera.

Días para nacer, días de infancia
días para seguir algún camino
días de tierno pan y negro vino
o de la cercanía o la distancia.

Días de plenitud y cumplimiento
días de larga vida y de confianza
días para el dolor que nos alcanza
para toda pasión y sentimiento.

Días de la certeza o de la duda
días para perder o para hallar
para oír el monólogo del mar
para la compasión, para la ayuda.

Y hay el día final, cuando has vivido
todas las cosas sin quedarte nada
cuando ha llegado tu última jornada
y has dejado de ser, cuando te has ido.

Las noches

Coleccionista soy de sombras,
técnico en revisar oscuridades,
conocedor de noches infinitas,
vigilante de calles apagadas,

Todo lo que ahora escribo son transcursos,
pasos para llegar a la alta noche
por caminos sin farolas ni bombillas
y tropezando con la mancha negra.

Todo lo que yo anoto son apuntes,
notas sobre lo oscuro y lo intrincado
que es vivir y morir. Comas y puntos
y palabras que escribo con mi tinta.

Con mi sangre transcribo la amargura
de las más largas noches de mi insomnio,
las horas pongo en orden una a una.
tras clausurar ventanas y balcones.

Y sin embargo, últimamente voy
buscando los días claros, y las sendas
de pájaros, de sol y de alegría,
y canciones de amor y libertad.

Ya no quiero las noches del recuerdo
y tampoco las noches del olvido.
Quiero salir a la mañana blanca,
al día de la luz.

AÑO CERO *(distopía)*
Adolfo Celdrán

La situación era insostenible. Con la tecnología, no hacía falta casi mano de obra y el paro era masivo. EEUU había sido por fin descabalgado y el dólar estaba en caída libre. Asia y Sudamérica competían de igual a igual con ellos, con Australia y con Europa, que continuaba estancada como al principio de la ya vieja crisis. La gente moría de hambre o asaltaba comercios y viviendas en busca de algo que llevarse a la boca. El gobierno mundial de los potentados unidos (GMPU) daba órdenes directas a sus encargados en cada país (a los que la población aún llamaba Gobiernos) para controlar los desmanes cuando el malestar general llegaba a desbordarse en las calles. Y lo hacía sembrando el terror como arma política disuasoria. Pero cada vez era más difícil conseguir el mantenimiento de un cierto orden.

El panorama en África era distinto. Bueno, era el de siempre allí: El exceso de nacimientos en una población que no entendía de métodos anticonceptivos por su tradicional incultura era compensada con hambrunas, epidemias y, si era preciso, guerras. La última epidemia era la epidemia perfecta: Se transmitía, sin causar síntomas durante bastantes semanas, y luego era implacable. Los laboratorios no investigaban en medicamentos o vacunas porque era un mal negocio: aquéllos pobres no podrían pagar lo que costaba la investigación y el desarrollo de esos productos. Hasta que algunos colaboradores no africanos fueron contaminados. El GMPU dio la orden de investigar a una potente multinacional, asegurándole los beneficios. Y recomendó llevar esos infectados a hospitales de sus países de origen. No se dio la orden de extremar las precauciones. Y comenzaron los primeros contagios. El pánico se extendió como nunca hasta ese momento. Y entonces se puso en circulación la primera vacuna. A precios muy altos. El que pudo, en una sanidad privatizada, la compró. El virus se cebó en los no vacunados, provocando que el terror se desbordase hasta hacer peligrar las sociedades. Aquello era una auténtica revolución: La gente prefería morir luchando en las calles que morir de enfermedad curable. Fue entonces cuando se estimó oportuno sacar una segunda vacuna mucho más barata. Tanto, que el GMPU se hizo cargo del costo en todas partes. Se repartía y los ánimos se calmaron. La llamaron la "Vacuna B". No, no curaba a los ya enfermos, claro, pero los sanos se sentían seguros. Unos meses más tarde comenzaron a enfermar ellos también. Los mandos dijeron que habían hecho lo que habían podido, y que eran insidiosos los comentarios de los médicos que afirmaban que la vacuna B no eran virus desactivados, sino activos, y que aquello no había sido un error, que se había hecho premeditadamente. Los inicialmente vacunados con la vacuna A, la de pago, no sufrieron daños. No hubo problemas: Los enfermos graves no se desbordan.

Las guerras tienen graves inconveniente: Gastan mucho dinero y destruyen muchas infraestructuras. Pero aquella fue una guerra limpia: Sólo acabó con la parte de la población improductiva, auténtica rémora para la población que produce, invierte y consume. Los supervivientes heredaron la tierra.

Ese año, el GMPU fue galardonado con el premio Nobel de Economía y el Premio Nobel de la Paz.

Donde quiera que estés, Amor
acude al clamor de mi llamada
Si en el infierno, asciende
hasta la furia, quiebra
el grito de mis brazos
tómame
Si en el cielo, desciende
a la mácula de mi corazón
enardecido
Si en el vacío infinito
si en el ruido blanco
engéndrate en mi cuerpo

Donde quiera que estés, Amor
soy tan tuya en el tiempo
finito y asesino
Tan tuya soy, Amor
vibrando en tu piel
escorzo que te busca en aire.
En ti, Amor, me disuelvo

Mercedes. R. García-Olías

Jennifer Rush

CUADERNILLO DE ESPERANZA ASENSI

La obra de Esperanza Asensi nos acerca con maestría a la figura humana, a la desnudez de los cuerpos envueltos en mitos y magia, a través de los cinco cuadros mirados por los ojos aucanos.

PESCADOR DE CABELLOS

¿Está la mujer del cuadro esperando un hijo? Tengo la sensación de que este cuadro que respira sosiego y en el que predominan los azules, evidentes o presentidos -el cielo azul, el mar azul, el lecho azul- tiene algo de placenta. ¿Es el niño la imagen del hijo soñado por una mujer encinta, o es una madre que mira amorosa a su hijo jugando con la caña en la que le ha permitido enredar algunos de sus cabellos? ¿Ha blindado su casa con ese marco o cerco potente que impide el paso a los extraños y a los peces voraces, para protegerlo o quizás para impedirle la salida? En el futuro, ¿convertirá el niño la caña en flauta, se dedicará a la música y llegará a ser un intérprete famoso…?

Podemos hacernos muchas preguntas porque, así como un libro es tantos libros como lectores tiene, la poesía plástica de los cuadros de Esperanza Asensi ofrece una historia oculta a cada persona que los contempla; puede discreparse a veces en el tema sugerido, pero siempre se coincidirá en la belleza lírica que envuelve a sus trabajos, construidos en el tiempo presente con teselas antiguas, perfumadas por la sal y el sol mediterráneos.

Mª Rosario Mohinelo

E pescador de cabellos

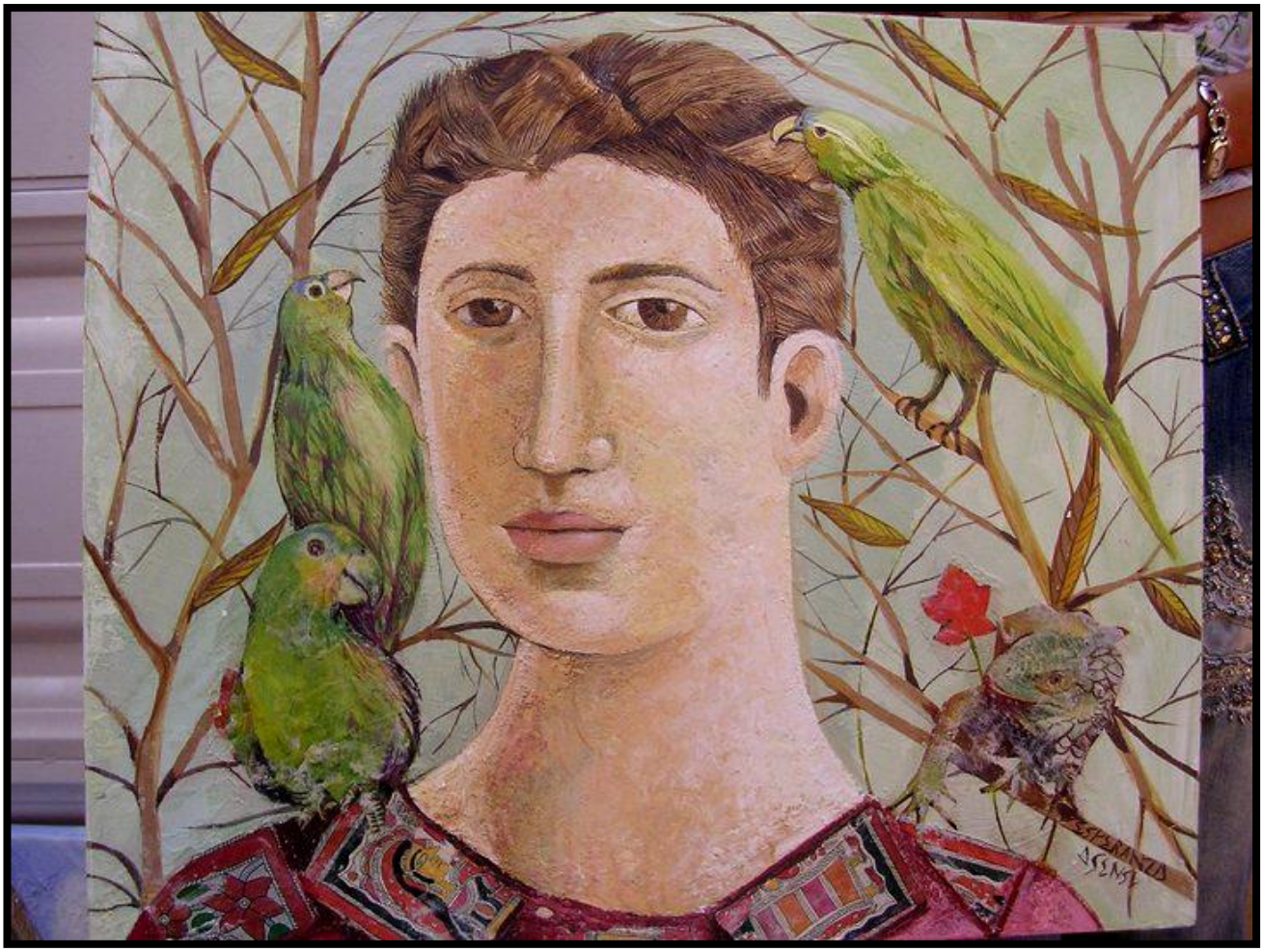
Primavera

Un adolescente escucha,
a tres pájaros cantando,
uno le habla al oído,
los otros, se quedan mirando.
Y con el azul del cielo,
con prisa abren sus alas
para quedarse a su lado.

Sobre la rama de un árbol,
una rana, tonta y fea,
les escucha con agrado.
Sorprendida por sus trinos
sin querer se va acercando.
Los pájaros no la quieren,
les deja melancolía
aunque les tienda su mano.
Ellos quieren ver el día,
volar sobre los verdes prados,
entre naranjos y encinas,
escuchar las campanadas
que en la mañana se oyen
en el pueblo más cercano.

Los pájaros no se marchan
el joven les da su mano,
¿Y la rana?
soñolienta y aburrida
se duerme bajo de un árbol.

Javier Rueda



Lo leve y lo efímero

Esperanza

No parece tan solo una pintura
lo que ha de transmitirnos Esperanza,
yo diría que juega con templanza
con todos los colores con soltura.

Miro su arte de gran arquitectura
y una dama entre el agua posa y danza
con bello estilo egipcio, o semejanza
y ramiza de pájaros de altura.

Esperanza no se anda por las ramas
y consigue pintar lo que imagina
jugando sin cesar con los colores.

Sus obras son el arte de sus llamas
que se encienden al tiempo que culmina,
y en esta lucen, dama y ruiseñores.

Lucía Espín

El árbol de las ideas

Quisiera vestirme de mar

Quisiera vestirme de mar,
de azul de todos los azules,
navegar entre sus olas bravas,
compartir con los delfines
sus simpáticas y alegres danzas,
que tanto me gustaría bailar.

Caminarme y perderme
sobre los campos de elegante coral,
y pasearme entre sus bosques,
y escalar sus montañas marinas,
que tanta vida tienen que albergar.

Quisiera vestirme de mar,
para recorrer tus ojos verdes,
para recalar en tu bello cuerpo;
que es mi fin y es mi puerto.

Caminarme y perderme,
sobre tus elevados pechos,
que alcanzan mi nave al llegar,
sabor de mar y de toda su sal.

Quisiera vestirme de mar,
y envolverme en todo tu ser,
como esta limpia y fresca brisa,
que te acaricia, ahora, al pasar.

Luís S. Taza Hernández

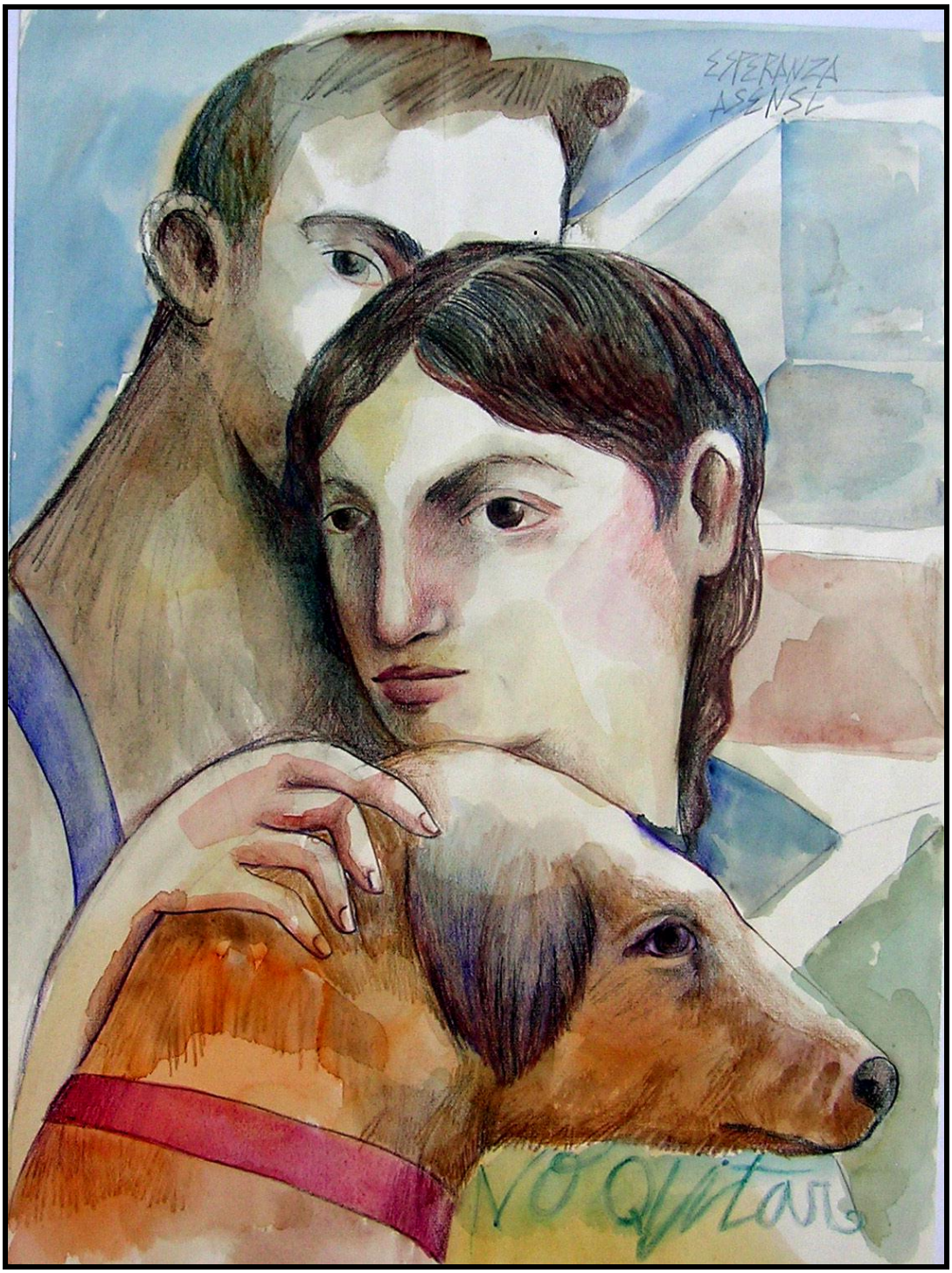
Cultura a la deriva

Amistad

Mientras que otros amigos
falsamente llamados
se despedazan sin misericordia,
Esperanza retrata una dulcísima amistad,
donde el amor carnívoro se aplaca
sin desear engullir la amada carne,
tan solo reposar,
escuchar la hermosísima canción
de la otra carne,
que es música extremada
de un eco que traspasa imágenes y versos
y al animal y al hombre
aplaca y domestica.

Así en el cuadro de Esperanza alienta
el dulce amor que en el amor pervive eternamente.

Manuel Parra Pozuelo



Amistad

Cuadro de portada (Los mensajes flotan envueltos en cristal)
Julia Díaz Climent

Te dejo sobre el lecho dormido y manso,
después de haber surcado el mundo y su agonía,
de descender desnudos precipicios de nácar,
caracolas cautivas del sonido del mar.
Tú puedes dormir sobre cualquier estrella
después de devorarme,
mas yo
cautiva soy del viento igual que lo es la caracola
y me busco en la brisa, en el agua, en los suspiros
en el mensaje oculto de las olas,
en la letra que espera a ser desperezada
tras el vientre azul de una botella.
Me alojo en tu espalda cuando temo ser desalojada
desalojada de ti, de mí, de todos,
por esa avidez de aire que me arrastra
sin dejarme dormir sobre la arena.

FIN DEL CUADERNILLO DE ESPERANZA ASENSI

Días de guerra

Al amanecer el día,
se rompía la mañana.

Mi casa, cerca del Guadalquivir
con geranios esmaltada,
víctima de una guerra
que la vida golpeaba.

Gritos con sangre y fusiles,
aquí mismo disparaban.

¡Luna blanca,
escúchame!
no quiero que veas mi casa,
ni sepas más de mi pena,
han incendiado mi casa,
los árboles de mi huerto
tienen las hojas quemadas,
las campanas ya no doblan
porque han destrozado
el alba.

Javier Rueda.

Milicianos en la camioneta, carboncillo de Sáenz de Tejada (1897-1958)

Mis ojos no te encuentran

Estou sentado no esquecemento
(Cesar Antonio Molina - Eume)

Estoy pensativa.
Una nube cruza ante mis ojos dibujada en el azul.
Irrumpe el vacío que dejaste con tu huida.
¿A dónde te has ido?
Esa nube cruza el espacio que se abre insondable ante mí.
La naturaleza sigue su destino y pinta auroras y arco iris.
Abajo, fuera de mi vista, se arrastra la serpiente traidora
y repta entre deshechos de vidas truncadas por el sino.
Te busco en ese desierto que nos separa, entre dunas y cardos,
entre huesos antiguos y horizontes sin límites.
Te busco y no te encuentro. Te anhelo.
Recordando tu voz antigua que la nada engulló,
ansío,
ansío tus abrazos ardientes huidos con tu rastro invisible.
Una tristeza espesa, pura, me envuelve
como un manto de niebla que no deja ver el camino.
Ya no sé si seguir buscando o quedarme allí en aquel río.
¿Te acuerdas?
Nuestro río de cantos rodados y riberas de lirios,
de mariposas multicolores y raudos colibrís,
de rincones umbríos de amor y locura.
Sus aguas de cristal guardan los retratos,
ellos no mienten,
ellos me dicen que en un tiempo éramos dos
que nos fundíamos en uno.
Nuestros cuerpos entrelazados con náyades y ondinas,
cual sirenas entonan ecos embrujados en las aguas profundas.
Me acuerdo.
No contestas, pero yo recuerdo.
Y, mientras te espero, me siento en el hueco del olvido.

Airam Lebasi

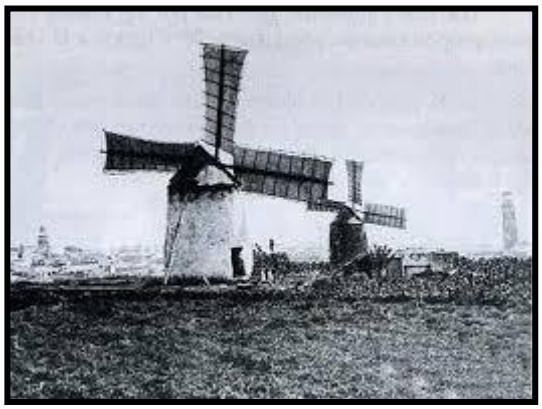
Mil tonos

Los molinos ya no son molinos,
son aspas en lomas al viento,
arrancando el jugo a la brisa,
caballeros blancos en riscos transparentes,
dulce la extensa llanura,
de olivos,
de cortijos,
de sol y cielo,
de interminables silencios.

En torres de arcilla anidan cigüeñas
en nidos de aire
sin miedo al vacío,
sin prisas.

Mil mares dorados,
mil tonos de verde,
mil tonos de rojo,
mil tonos de luz
y un sólo tono de cielo.
Los molinos, ya son otros molinos.

Isabel Pérez Aranda



UNA SIRENA DE ENSUEÑO

Adolfo Celdrán

La invitación al siguiente congreso le interesó. Llevaba demasiado tiempo soportando a su mujer y a sus compañeros de trabajo y necesitaba un paréntesis. Las Islas Marianas era un buen lugar: Tranquilo, alejado del mundanal ruido, con hermosos paisajes y sin fisgones cerca, aparte de sus compañeros congresistas. Le ofrecieron asimismo la posibilidad de un buceo extraordinario. Dijo que tal vez, dependiendo de cómo anduviera de tiempo. Una vez recibida su aceptación, le enviaron los papeles, billetes, etc. Se despidió de su mujer, Eufrasia, que lo miró con mala cara, o sea como siempre, y él se alegró de que no invitaran esta vez a las señoras.

El viaje, en primera clase, con la atención y la comida esperable, fue excepcional. Pidió extras, que pagó con la tarjeta, naturalmente.

Al llegar allí, lo esperaban sus colegas de siempre, que lo saludaron protocolariamente: Todos iban en el "mismo barco", pero en camarotes separados, que preservaban la intimidad de cada uno de ellos.

El paisaje era como esperaba, y la compañía también. Tras una cena agradable fue al bar y estableció contacto con Martina, una joven probablemente autóctona, aunque nunca se sabe del todo ni se quiere saber demasiado, y charlaron, bebieron, bailaron y más cosas. La noche fue maravillosa: Acostumbrado a los malos modos y la poca atención de Eufrasia, Martina le deparó la ración de ilusión por la vida que él necesitaba cada equis tiempo. Y es que definir a estas chicas como "*mujeres que venden su cuerpo por dinero*", es erróneo: Lo prestan un ratito. O lo **alquilan**. La que lo **vende** es la que se **casa** por dinero. La noche fue larga e intensa.

Apenas durmió. Pero en sueños vio su vida con alguien como Martina, una vez enviudado felizmente de Eufrasia, a la que imaginó ahogada, víctima de un lamentable accidente en la bañera, llena de agua, de su casa.

Por la mañana, unos golpes en la puerta le avisaron de que tenía que levantarse para practicar el buceo que había reservado. Se levantó de la cama trastabillando y dijo que no estaba en condiciones. Pero en cuanto abrió la puerta, entraron como rayos y le insistieron hasta el cansancio, y él no estaba para peleas ni siquiera verbales. Le dijeron que se tomara una tisana que llevaban preparada y que obraba milagros y le aseguraron que merecía la pena la aventura. Lo vistieron de buzo. Aún tuvo arrestos Simón (allí lo llamaban Symon, *-o sea "Saimon"-)* para indicarles que, si después de ese tremendo esfuerzo, no le parecía a él lo más excepcional que hubiera vivido en su vida, como ellos publicitaban, deberían devolverle el dinero. Aceptaron. Y él lo grabó en su móvil para que quedara constancia.

Pensando iba Simón en el negocio redondo: Lo hacía (pagado con la tarjeta corporativa black) y se lo devolvían en dólares a él: Un zarpazo más. Y sin ni siquiera tener que sacarlo del banco, que siempre dejaban huella…

La inmersión comenzó bien. Él se había recuperado de forma sorprendente, y hasta se había instalado en una especie de universo turbio y eufórico. Los peces eran preciosos, y luego aparecieron los tiburones: Magníficos. Los buceadores dicen *"si ves tiburones, disfrútalos",* y él los estaba disfrutando. Debían de ser como cuarenta o cincuenta, y el guía que lo acompañaba lo rodaba en vídeo ante ellos. Disfrutaría enseñando ese vídeo, aunque por otro lado tendría que poner cara seria para luego decir que no le había gustado y que le devolvieran el dinero… Finalmente, los tiburones comenzaron como a bailar una extraña danza ante su sorpresa… aunque de pronto se dio cuenta de que no eran tiburones, sino sirenas que sonreían, y él se acercó hacia ellas. Una se adelantó y Symon se dio cuenta ¡de que era Martina! y se sintió feliz y se fue hacia ella. Quería besarlo, y él también, así que se quitó las gafas y el regulador, la rodeó con sus brazos y la apretó contra su pecho: la abrazó y la besó en aquella boca carnosa y magnífica que lo esperaba emocionada. Aquí pasó algo raro. Parece que debió de perder el conocimiento presa de esa emoción tan auténtica.

Amaneció en la cama de un hospital y, cuando medio recobró el sentido, le explicaron que había tenido un accidente. Él aprovechó para exigir que le devolvieran el dinero, pero entonces le enseñaron una foto del buceo. Él, con la mente aún turbia, la tomó, la giró para verla apaisada y lo que vio le horrorizó: Bajo el agua de lo que no podía ser más que su bañera, montado encima de alguien y con cara de enloquecido, parecía querer estrangular y ahogar a su víctima. ¡Y su víctima era su Eufrasia! Y esa foto, incomprensiblemente obtenida, era la prueba irrefutable de su crimen. Así que calló.

Al día siguiente, atiborrado de somníferos, durmió, y al otro tomó el camino de vuelta.

En el avión aún no llegaba a discernir si, en efecto, antes de emprender el viaje, había ahogado a su mujer en la bañera de su casa y era un asesino viudo y momentáneamente libre, o no y todo era un ensueño.

Ignoraba que su foto, besando tiernamente a un tiburón, se había convertido en Internet en Trending Topic.

Al llegar a su casa y abrir la puerta sus dudas se disiparon: Ante él, con un batín rosa, la figura conocida de un fiero tiburón lo miraba con muy mala cara.

Un tiempo que se fue

Hace mucho, en un tiempo
atroz y promisorio...
yo era solo un muchacho
y descubrí asombrado
los libros de mi padre
después sólo hecatombes
y lumbres apagadas..,
leyó mucho mi padre,
y vio entonces un orbe,
emerger de ese mundo
cargado de presagios.

Mi padre escudriñaba
lejanos universos
que hasta el pueblo
arribaban impacientes.
En las furtivas páginas,
los entrevistos mundos
con su olor alegraban
el pudridero inmundo
que lo inundaba todo.
Escuelas y casinos,
Iglesias y teatros
anhelaban un aire
levantisco y revuelto,
un aire que trajese
libérrimos escorzos.

Mi padre fue a Madrid
por ver a las vedetes
y escuchó a García Lorca
y a su hermoso lenguaje,
en los exactos versos.
Los inmensos deseos,
inundaban satíricos
galantes aventuras
del caballero audaz
y de otros que igualmente
por el sexo clamaban:
Bradomín, el marqués,
Felipe Trigo y otros
que también predecían
sangres incontenibles
y pasiones ardientes.
Cuando acabó su tiempo
tras múltiples naufragios,
ya casi al otro lado,
reflejó en sus pupilas
aquel aura entrevista
y, al verla, descubrí
que se estaba marchando.

Manuel Parra Pozuelo

Dos poemas

Tú y Yo

Fueron años de gloria y sufrimiento
aquellos que tú y yo juntos vivimos
que con tanto amor siempre nos quisimos
a pesar de altibajos, como avento.

Nuestra vida se basó en un buen cimiento
que los dos con el tiempo construimos,
y envejeciendo vamos y seguimos
hasta que Dios nos lleve al firmamento.

¡Cuantos años tú y yo hemos vivido!,
uno al lado del otro, bien unidos
con lo bueno y lo malo, sin rencores.

Aún nos queda el final desconocido
que iremos descubriendo, convencidos
de un Dios, que aliviará nuestros temores

Lucía Espín

A la poesía

Cuánto tiempo estuviste aletargada
bella durmiente de mi interior alcoba,
cuánto tiempo esperando quedamente
la llama del amor rescatadora.

Cuánto tiempo perdí al encontrarme
sin tu suave caricia y tu consuelo.

Llegaron, por fin, fecundos sembradores
que esparcen tu semilla por mi suelo,
que pobre es, mas es mi anhelo
reja que el surco abre y nacerán las flores.

María Rosario Mohinelo

POR SI PIERDO EL NORTE

Geles Soria

Aquí, sentada ante la visión de mi isla, retomo mi pensamiento, lo ordeno, lo apaciguo. Poco a poco la calma viene a mí, se instala en todo mi ser, me hace ser racional y serena.

Un velero se mece en las aguas poco profundas de mi isla y entre su vaivén y las palmeras que notan la caricia del viento, estoy yo sintiendo y…

He de recobrar mi norte, lo pierdo y me crea una inquietud que no necesito, lo deseo, eso sí, pero con aplomo para reforzar mi ego y sacar mi ternura tanto tiempo esclavizada, reprimida con pensamientos inadecuados, con una necesidad imperiosa de soltar lastre para poder hacerse a la mar, con ligereza, sugerente, armoniosa, velas al viento sin rumbo ni meta, como surja el viaje, sabiendo que llegará a buen puerto.

Solo una vez he sentido este cosquilleo en el estómago, era muy joven y duró mucho, mucho. Es una sensación de poder que te hace sentir viva y te lleva al sumun de todo, teniendo el mundo a tus pies y la suerte a tu lado, instalada en ti.

Soy del sur, aunque mi velero se dirija al norte, está anclado, seguro, meciéndose al abrigo de tormentas impetuosas, sin olvidar su libertad y fragilidad a pesar de su fortaleza y maderas nobles.

No miro al futuro, no me instalo en él, el presente es mi bandera como conclusión final. No busco, encuentro, aprovecho este estado permitiéndome tener la felicidad al momento, gozarla…

Mañana será otro día y seguiré en mi isla o en otra diferente pero satisfecha de saber que he cogido la ola y la he disfrutado hasta que pasó, completa, entera, armoniosa y segura. Es el espacio de mar que en este momento necesita mi velero para no perderse y sentir sin contención todas las emociones juntas, la razón de mí vivir, el equilibrio.

Por eso miro mi estrella y nunca la pierdo, brilla sin cesar con una intensidad que deslumbra, pero sin cegar. Si encontrara esa estrella con el mismo fulgor, caminaríamos juntos con claridad, libres, una al lado de otra, sin más atadura que el firmamento y el mar, navegando juntos con igualdad.

N. S. rumbo a… Qui lo sa? En el velero la brisa trae aromas perdidos y olvidados, creando sensaciones nuevas, intensas, como la sal de ese mar Mediterráneo que tanto quiero, sin olvidar descubrir nuevos horizontes, recordándome vivir el momento sin pensar; ¡cuando tú te hayas ido! no quiero quedarme en sombras y que sigas instalado en mi pensamiento, como un inquilino que pasa factura sin necesidad.

Dar, recibir, coger los momentos que te dejan sin aliento, así quiero mi vida, como dos caminos paralelos y horizonte nítido, sin mentiras pues es una rueda que te lleva al olvido sin retorno.

No amo a la persona perfecta sino que aprendo a ver perfecta la imperfección, por eso amo la vida y lo que me rodea.

Dejo mi isla y sigo viaje, no sé dónde me llevará, ondean sin cesar las velas puestas al viento, el aliento entrecortado con tu presencia, ese sol que acompaña sin molestar, agua azul transparente como el cristal, sabor salino en la boca, aire fresco y aventura al azar, disfrutando sin pensar en más…

Cine de barrio

(Como homenaje a Pedro Sanmartín, que tanto disfrutaba con los programas dobles)

Smoke gets in your eyes.
Frank Sinatra

Nadie lo duda:
es vieja la canción de los años sesenta,
pero en silencio vuelve
en estas frías mañanas del invierno.

No se pierde un amor
porque su frente cambie,
porque cambien las modas,
los colores del pelo o el rojo de los labios.

Tras la mudanza frágil de la carne,
cuando la rosa calla en sus espinas
y se deja coger para la nada,
para ese viento macho que la sigue

todo vuelve al silencio:
silencio de los valles y riberas,
silencio de las olas y la espuma
y silencio en el cuerpo que tú amaste.
Porque el humo ha cerrado
definitivamente
aquel rumor de luces en tus ojos.

Juan Vicedo

DOS POEMAS

No es tan fácil vivir

Con tantos recovecos en la vida
es difícil vivirla sin torcerse,
aunque desde la infancia puedan verse
largos caminos rectos, sin salida.

Hay personas que crecen de estampida
haciendo caso omiso a conocerse,
otros se quedan quietos, sin moverse
y el mundo se confunde en desmedida.

No es tan fácil vivir en este infierno
que todos hemos ido construyendo,
con nuestro desamor, y tan diverso.

De niños, solo pensamos en lo eterno,
y de mayores, vamos destruyendo
nuestra vida, y también el universo.

Lucía Espín

Intemporal Guernica

El oído ciego
El ojo mudo
Y la palabra sorda
Danzan al son
De los tambores
Y de las bombas
Del odio infernal.
Se acabaron los días
Se acabaron las noches.
El cielo cayó
Sobre la ciudad.

Harmonie Botella

UNA CIUDAD NACIDA DE LOS DESPERDICIOS QUE TRAJO LA HOJARASCA

(Sobre una idea de *La hojarasca* de Gabriel García Márquez)

Airam Lebasi

Una gran hojarasca trajo tras de sí la compañía bananera que hizo de Macondo un pueblo floreciente. El remolino que arrastró en sus giros los desperdicios del lejano exterior se posó extraño, diferente; se instaló por los rincones y recovecos de la orilla del río y de las chabolas que constituían la aldea. En cada lugar descargaba un olor multitudinario, un olor humano, excrementicio, materiales de los otros pueblos, rastrojos de una guerra civil perdida en la memoria de los tiempos. Esos desperdicios se convertían en casuchas que pronto pasaban a ser casonas; en calles, en comercios, en garitos, en almacenes, en hospitales, en iglesias. Hasta los desperdicios del amor triste trajo la hojarasca. Todo un pueblo de tolerancia surgió lleno de esplendor dentro de otro pueblo. Sí, sabíamos que tan buena tierra no pasaría inadvertida por los oportunistas. La hojarasca también trajo el tren. El tren silbador y la compañía crecieron hasta la extenuación y la alegría reinó entre los nuevos y los viejos; y allí se quedó la hojarasca dando vueltas y más vueltas esperando su oportunidad.

La riqueza y la prosperidad llegaron a todos. Mi familia creció y vivíamos bien. Mi hija encontró un marido que también trajo la hojarasca. Un marido elegante y encantador, y le dio un hijo que es mi nieto, mi esperanza y mi orgullo. Se quedó el tiempo justo para engatusarnos y desapareció en un viaje a Barranquilla con toda mi fortuna. Después de dos años haciendo negocios juntos y ser un puntal en mi casa le confié los pagarés para negociar en un banco importante. No volvimos a saber nada de él ni del dinero.

La hojarasca trajo, además, un personaje, el doctor, amigo de un amigo que trajo el mal y ese mal lo introdujo en mi casa y en todo lo que pasó por sus manos. Poco después de su llegada la hojarasca empezó a moverse. La compañía bananera abandonó la tierra esquilmada y, lentamente, se fue llevando cada uno de los remolinos que se habían instalado en los recovecos y que habían crecido y crecido haciendo una ciudad, ahora una ciudad fantasma. Pero dejó tras de sí lo inservible. Dejó tras de sí ese engendro que se apoderó de mi casa, el doctor. Ese doctor que no dudó en violar mi casa en la persona de una guajira que habíamos criado como una hija. Su traición me dejó el cuerpo muerto, su mal insepulto me producía una agonía sin cura posible mientras latiese su corazón malvado. Pasados los años murió solo en una casa no lejos de la mía. Murió de su propia mano, ahorcado. Yo en mi honradez le había jurado que enterraría sus restos para que no fuesen pasto de los gallináceos en pago de una deuda que contraje por una afección mortal que me sobrevino y que él me curó. Pero al pueblo le había negado su ayuda en una catástrofe en la que murieron desangrados por falta de ayuda muchos ciudadanos. Se negó a atenderlos y los dejó morir. El pueblo cuando se enteró de su muerte clamó airado, "¡no lo enterraremos, que pague su traición!" Arrastré mi cuerpo hasta la esquina y acompañado por mi hija y mi nieto y mis guajiros, luché, por una maldita promesa, contra todo un pueblo. Cual Antígona frente a la orden de Creonte sobre el mandato de no enterrar a Polinices, su hermano, por traidor. Yo tenía sobre mí la promesa de enterrarlo, no el amor que movía a Antígona, pero sí el deber. El pueblo aguardaba esperanzado la venganza. No lo consiguieron. Por años el olor impregnaba todo lo que producía la tierra y por años la gente no bebió ni comió de aquellos lugares.

Los alcaravanes olieron y sintieron el hedor y cantaron. Se apoderaron de los restos malolientes de todo el pueblo y del silbido del tren de las dos y media y arrastrados por la vorágine cantaron.

Descansaré de mis fatigas entregándome a la esperanza de limpieza que pregonaban los alcaravanes. Y la hojarasca se irá con su putrefacción por otros recovecos y volverá la decadencia a las tierras asoladas y viviremos con esta maldición.

La Cadiera

Si de esta cadiera hablara
su mudo recuerdo frente a los pirineos,
narraría un beso secreto,
oculto de las tibias luces
que cubren Jaca,
a la última campanada.

Si de esta cadiera hablara
su antigua madera junto al bosque,
revelaría cuán largo el olvido
del árbol que fue.
Qué habitado es el silencio
de la savia recorriendo estática
los surcos de su historia,
qué profundas llegaron a ser
las raíces desheredadas
y qué dolorosa la pradera estrellada
del verso secreto
bajo las luces huidas.

Si esta cadiera hablara,
lo haría de una infancia emborronada,
ancestral.
Confesaría bombas
y un torrente de dolor
gritando sangre
por sus calles.
La metralla alcanzando el costado
de aquella buena mujer
o el tejado sepultando
las familias perdidas
en el árbol de la salud.

Si lo hiciera,
enmudecería ante el triste y sucio mundo
que lava su rostro
a sus ojos.
Si lo hiciera,
si esta cadiera hablara,
volvería a ser un árbol.

Marcos Callau

Vuela conmigo

Te llevaré a la grupa de mi caballo alado
para que cruces mares y traspases fronteras,
tú verás desde arriba los valles y los prados
y las fragantes flores que dan mil primaveras.

Y sobre el gran océano, las olas gigantescas,
plenas de blanca espuma, parecerán pequeñas,
semblarán nieve blanca meciéndose en la bruma
y jamás habrás visto latir cosa más bella,

porque desde la nube del mundo de los sueños
las cosas a la vista son de una forma nueva
y todas las estrellas nos parecen distintas
y la tierra es lo mismo que una luna de seda,

una luna brillante, blanca y maravillosa,
inmaculada y cálida, como casta doncella,
y pensarás que nunca la arrasaron las guerras,
que jamás mancillaron su estructura de piedra.

Te llevaré a la grupa de mi caballo alado,
remontaré contigo las brumas del espacio,
y soñaremos juntos mundos imaginarios
mientras nos mece el sueño en su caballo blanco.

Soñaremos que apenas fue poblada la tierra,
que la habitan tan sólo los gnomos y las hadas,
o los niños pequeños que no conocen guerras
y lucen en sus rostros la risa dibujada,

Donde, para cuidarlos, hay musas de colores,
adorables libélulas de la naturaleza,
que tan sólo les muestran los trigos y las flores,
haciendo ver cuán bella resulta en su simpleza.

Y comen de sus frutos, y cultivan los campos,
y descansan sin miedo sobre la hierba fresca.
Ellos son pobladores de un mundo limpio y franco,
el mundo que se encierra dentro de mi cabeza.

María Dolores Carretero
Del Poemario *"Me Abrazaron Tus Muros"*
dedicado a Miguel Hernández

Preámbulo del miedo

Hablo contigo, poesía.
Tuve frío en la pureza de la nieve amanecida
y vi las trincheras de alambre en los cartílagos
y anduve por barrios innombrables,
recuperando la cordura a cada instante,
con cierta dosis de rebeldía.
En qué rama ha de apoyar el poeta su amargura
para describir una luz que se extingue,
como se extingue la charca pasado el aguacero.
Puede haber una sombra, aunque suene lejana
donde las preguntas no se fragmenten
y vuelvan al origen,
al plomo de lluvia que fraguó la existencia.
Sólo en el útero de un pensamiento fugaz
distinguiré la senda florida que guía los caballos
del envés travestido en invierno y renuncias.
Si hay cicatrices en la madera
y no es posible ensamblar el golpeo del llanto,
ya la agonía se adentra en las arterias;
remolino de polvo me escuece en el alma.
Hablo contigo poesía
Porque siempre me ardió la cera del frío
Y se desangran mis ojos
de tanto mirar la tierra yerma,
estéril promesa
resbalando del ocre al impreciso paisaje del miedo
Hablo contigo poesía:
ya ves, nadie se hace responsable de la soledad en los bulevares
donde miles de desabrigados escurren la orfandad de las horas.
Pues cuántos son los que no tienen árboles para colgar sus pájaros de luz
y cuántos los que llevan en el pecho la palidez de un paisaje vacío.
El payaso ríe mientras hay niños llorando en el hueco de la luna.
Me persigue la espera como una eternidad implacable
Pues, tarda lo nuevo y se consume lo viejo.
Cuento contigo, poesía
para que llenes mi lengua de pájaros azules
para que nombres piedad cuando esté cerca el abismo
y las hojas enfermas no puedan volar.

Mis lágrimas de invierno
lloverán la sal del almendro en primavera.
Hablo contigo poesía……...

Eugenio Marcos Oteruelo

Luna gitana

De hormigón tu parque
herido por el aire necrosado
que desciende en peregrinación desde la calle.

Calle de enero, calle.

De cal tu sonajero
solfea bajo el puente
acordes de agua en la oquedad de enero.

Enero que navega, enero.

De yeso la desgajada muñeca
que acompaña tu noche y te protege
de la ciudad sonámbula que sobre ti navega.

Navega la luna, navega.

De cemento tu cuna
florece con harapos mal curados
que remienda la aguja nacárea de la luna.

Luna gitana, luna.

De caliza y piedra tu morada
donde te acuna con retazos de carestía
un dorado regazo de gitana.

Gitana, mi niña, gitana.

Alejandra Hernández Valido

LA CIUDAD QUE OLVIDA

Francisco Alonso Ruiz

Una extraña desmemoria o amnesia recorrió las calles de la ciudad. Una lepra de inmenso olvido y desconcierto o pereza empezó a llenar las aceras y las ventanas, y a penetrar en las viviendas. El olvido comenzó a crecer y aumentó de volumen y consistencia y poder.

Los niños fueron los primeros en sentir los efectos de la situación. Al haber aprendido o vivido menos eran más débiles, y los tentáculos del mal crecieron en ellos... Y olvidaron las cosas, dejaron de decirlas y hablarlas. Aunque veían la pelota o la muñeca de repente no sabían cómo se decía pelota o muñeca. Y no sabían, olvidando los nombres, quién era papá o mamá.

El gigante lo dominó todo desde el principio. Los que conocían mucho no eran los más frágiles e inconsistentes, su mima riqueza verbal los salvaba, y seguían guardando sustantivos y verbos y adjetivos y pronombres. Eran los otros, hombres o mujeres que entendían menos, los que un día se quedaban sin un adverbio o una preposición.

Porque ya han comprendido ustedes: desaparecían las palabras.

Alguien dijo que dónde estaba la palabra tiempo, o la palabra amor... o primavera o sueño o luz o esperanza.

Si se abría una diccionario cualquier palabra se escapaba, desaparecía, y en el lugar ocupado antes por esa palabra -amanecer, por ejemplo- quedaba un espacio en blanco. Si un vecino ya no sabía lo que era un libro, o rosa o canción ya no eran. Cuando se olvidaba olvidaban también su mujer, y ya no recordaban los hijos o los amigos.

Ya he dicho antes que era un gigante quien robaba las palabras. Recogía preferentemente las más bellas, sonoras y las introducía en un costal enorme, revueltas y entremezcladasy confundidas unas con otras. Las palabras que designaban objetos o instrumentos o máquinas tropezaban en el saco con aquellas que expresaban las emociones, los sentimientos o los pensamientos más nobles.

También es cierto que el gigante era comilón voraz y goloso. Así que cuando veía la palabra chocolate o caramelo o pastel se la zampaba sin más cuidado.

Los sabios de la ciudad -entre los que, por supuesto, me encuentro- se reunieron en asamblea. Unos dijeron que se podía hablar con el gigante, negociar que nos dejase al menos medio diccionario, otros qué si se llamaba al ejército; en fin, todas opiniones o sugerencias diversas y contradictorias.

Pero sabios había más sabios que nosotros. Y desde ese día que les cuento, para luchar contra el gigante de la ignorancia y para que las palabras sigan existiendo y el idioma se fije y tenga limpieza y esplendor, se constituyó la Real Academia de la Lengua.

Premonición

Por tener no tengo nada,
solamente mi poesía
y una tierra esquilmada
sin futuro cada día.

Pueblos de este mundo mío
no importa cual continente,
que todos tenéis un río
y gente de mi simiente.

Hombres y mujeres llanos
que todos queréis el bien,
para todos los humanos
como yo quiero también,

tengan el color que tengan
y tengan cual religión,
no importa de dónde vengan
musas son de mi canción.

de mi verso adolescente
con notas de melodía,
que dan luz al sol naciente
a la noche gris y al día.

A todas esas naciones
que las explota el tirano,
doy mi sangre y mis pulmones
y mi alma de hortelano.

Pido más humanidad
para esta gente que vive
en total precariedad
que ni un mal trigo recibe

del cacique explotador
que para nada respeta,
al pueblo trabajador
a Dios padre y al profeta.

No le gusta la cultura
pero sí cómo explotar,
a toda fiel criatura
en África y Gibraltar.

Ruego a todas las naciones
solventes de este planeta,
den al hambre soluciones.
Os lo pide este poeta,

un español que está viendo
como el hombre poderoso,
el mundo se está comiendo
sin compasión trozo a trozo.

Cuando se lo hayan comido
solo un cadáver quedará,
al tamaño reducido
del ácaro, así será.

Quiero un mundo más sencillo
donde nunca falte el pan
a todo hambriento chiquillo
de la China y Pakistán.

Gobernantes de este mundo
pan pido para esta gente,
que muere cada segundo
de hambruna en sus continentes.

Trinitario Rodríguez

Dedicado a MNHA

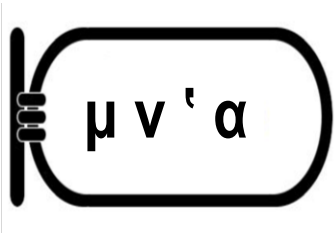
PREÁMBULO

Yo soy La Escribana de la Dama Sabia. Con ella hice libremente un trato y suscribimos un contrato con cinco cláusulas. Ella contará sus historias que transcribiré en palabras en lengua española (concretamente castellana, la magnífica lengua de Cervantes, de Lope de Vega y de Calderón de la Barca). Ambas iniciaremos así una colección de *Cuentos de la Dama Sabia* que tal vez en el futuro (cuando alce yo el vuelo al otro lado) será recordada. ¡Quién lo sabe! Tampoco imaginó Cervantes a dónde llegarían sus creaciones literarias pues el futuro es un océano de incertidumbres y probabilidades.

Una importante cláusula (o condición sine qua non podría decirse) es la que atañe a un cierto permiso que me arrogo de entremeter entre sus cuentos alguna creación propia, de mi cosecha personal; de las dos serán pues las glorias y los fracasos. Yo soy La Escriba, la que pone los signos gráficos sobre el vacío horror del folio; carezco de pudor y en la misma medida carezco de vergüenza (y ella lo sabe). Soy libre y nunca, jamás de los jamases, mancillaré con mis comentarios y elucubraciones el buen nombre de la Dama.

Y esta es mi oportunidad de decir algunas cosas que me suceden y que provienen del otro lado del infinito donde habita desde hace tiempo La Dama.

TETRAGRAMA



El primer pensamiento de Dios fue un ángel.
La primera palabra de Dios fue un hombre.
(Arena y Espuma) *Gibrán Khalil Gibrán, 1926*

Iré a los hechos, o al grano (dicho castizamente), a lo que sucedió, sin intentar embellecerlo con epítetos sonoros o darle algo más que pura retórica llana. Otra cosa sería esoterismo, poesía cuántica, palpitación simbólica o misterios que pertenecen a los páramos del alma. Y no quiero hacerlo pues levantaría sospechas sobre mi cordura y tendría que filosofar sobre mis investigaciones y experiencias paranormales. Y no es este un foro de debate ni habría espacio para ello.

Pues bien, me senté ante la pantalla del ordenador, artilugio al que estoy muy avezada y aunque soy profesional en el manejo de procesador de textos, esto no me había sucedido antes. Escribí el nombre: MNHA en letras mayúsculas, grafía latina. No miro el teclado mientras tecleo, pero al escribir los cuatro grafos la pantalla brilló (o mejor dicho parpadeó) y el folio virtual perfectamente blanco adquirió una tonalidad amarilla dorada. Entonces, de inmediato, supe que había trazado un tetragrama. Se manifestó en caracteres griegos: Mi, ni, espíritu fuerte o áspero(1) y alfa. De las lenguas antiguas que he llegado a conocer, mi favorita, la que más amo es la griega, porque fue elegida libremente por mí, no ENSEÑADA por los demiurgos a cuyo servicio estuve dedicada en múltiples ocasiones.

Yo soy Escriba desde los antiguos tiempos de las razas humanas; en el templo de Enki/Ptah (Señor de la Tierra en el origen y luego soberano de la tierra de Kem) fui instruida desde muy joven en la escritura. Domino la cuña y el stilo para grabar sobre la arcilla e igualmente el cálamo y la caña para trazar sobre el papiro. El propio Enki me nombró Endubsar, (el que describe el tiempo); sobre piedra lapislázuli radiante escribí al dictado su biografía que se ha perdido.

Sobre palabras y sonidos tengo preeminencia y gobierno, de modo que procuro usar la potestad sonora con gran cautela y esmero, pues está dicho que el mundo (las cosas y los eventos) fueron creados por la fuerza del Verbo. Debido a tal evidencia no soporto la cháchara infecunda y estéril que tanto abunda; y me encantan, me fascinan las conversaciones inteligentes, llenas de gracia, arte, expresividad y fuerza volitiva. Soy tan tremendamente quisquillosa en este punto que muchos me consideran pedante, por la costumbre de corregir lo maldicho; y es que no saben que el Verbo es energía de plasma e ignoran tanto su origen como las consecuencias de su uso aberrante.

Cualquiera no despierto y no cualificado puede llamar a MNHA por su nombre y el cosmos no se conmoverá, permanecerá aparentemente inmutable, homeostático; pero yo soy firme y protejo su nombre envolviéndolo en un sello cerrado, inviolable y multidimensional; (la pantalla de mi ordenador al fulgir repentinamente me trajo el recuerdo. El otro lado del infinito tiene abiertas sus puertas constantemente).

A partir de ese momento he tenido que desplegar mi ingenio (que no le debo a nadie), mi habilidad vocal (que me la he currado ampliamente) y llamarle jefe o mi capitán, o príncipe; no "príncipe" en el contexto social al uso, genealógico y referido a ser hijo de un rey, sino en el sentido estricto de su etimología, es decir "primum caput", cabeza primera. Por más que se quiera no puede torcerse el significado profundo de las palabras.

A la Dama no le gustan mucho los comentarios lingüísticos contundentes y estas frasecitas mías de tono chulesco; pero que se fastidie (amorosamente increpado), porque Yo soy libre; tal vez por eso me buscó y propuso el trato que nos une.

Nunca, sabiendo lo que sé (sin llegar al alto grado de sabiduría de la Dama), repito, jamás de los jamases traicionaré a M N H A pronunciando su nombre en vano. ¡A Hécate me encomiendo!

Mercedes R. García-Olías

(1) Es tal vez un residuo de la lengua madre indoeuropea; se pronuncia como una suave aspiración (h inglesa o alemana); en español se transcribe como una h.

Dentro, nada asciende

la palabra se oculta, trepa el vacío
asciende sin memoria ni nombre
nada que decir
ningún vocablo combatiendo el tiempo.
Un impás de raíces
y tierra sometida
ojos debatiéndose en el sueño.
Decir qué, hasta dónde y cuando
pronunciar y pronunciarte
saber del silencio como una extraña daga
una mordaza suave y persistente
que no deja crecer del fruto la palabra.

Julia Díaz Climent

Sin lamentarme espero mi futuro en el polvo

Ante la finitud inexcusable
del humano existir,
antagónica siempre
a nuestro anhelo
de eternidad incólume,
que vemos alentar
en la rosa, en el alba,
en el crepúsculo,
en toda la belleza
que nos abruma y cerca,
prodigiosas teorías edificamos
con ellas evitábamos la muerte
y hacíamos inmutable
ese latir insomne de nuestro corazón
que ha de quedar callado.

Mas tan bello y dulcísimo artificio
pronto fue descreído y puesto en cuarentena,
por la artera razón y la ciencia implacable.

No obstante pervivía el desmedido impulso
que ambicionaba insomne
seguir soñando cuando todo cesa.

Surgieron así voces incansables
exigiendo otra vida
después de esta terrestre,
y a aquella vocación de permanencia,
aunque tampoco cierta,
siempre deseada
dedicaron poemas y tratados,
en los que lamentaban
con doloridas voces
esa inquietud que no cesaba nunca,
ese clamor por siempre repetido
que buscaba incansable la ventura
de contemplar belleza tan eterna,
de ser así cual dios
que así mismo se ama,
que se admira a sí mismo
cuando observa su total perfección.

Frente a aquellos efluvios de lo eterno
yo me sé transitorio y contingente,
yo me sé perdedor de lo que amo,
sé que pereceré con rosas y palomas,
con albas hermosísimas y crepúsculos tristes.

Yo he de volver al cosmos
siendo solo una parte indistinguible
de millones de átomos y minúsculas briznas
que conservan y guardan la belleza
que ahora comparto y canto,
por eso es la certeza de mi consumación
la que me alegra,
la llena de gozo mi transitoriedad,
mi seguro volver al universo
al que retornaré cuando me extinga.

Manuel Parra Pozuelo

El adiós

Mi muchacha con flores estuvo aguardando,
con un ramo elegante, mil pétalos de rosa,
y yo quise escapar golpeando la fosa.

Mi muchacha con flores estuvo llorando,
y yo quise vivir y besar su boca,
pero ya había llegado la triste hora.

Mi muchacha con flores…¡Cuánto me quería!
sin consuelo la vi, alma de amapola,
yo anhelé volver, aliviar su pena,
ignorar lo real, censurar mi ausencia,
pero sólo pude llorar con ella.

Mi muchacha con flores me fue olvidando,
y una noche lejana de luna llena
descubrió que era inútil tanta tristeza.

Mi muchacha con flores se fue alejando,
yo también quise huir y existir con ella,
pero había llegado la vida eterna.

Francisco José Vargas Capilla

Ahora que soy mayor,

que los recuerdos de años más jóvenes
afloran a la pantalla de mi mente,
ahora, precisamente ahora,
pido perdón por tanto error cometido,
por tanto insulto gratuito lanzado a cualquier parte
tan solo por hacer frente a mis miedos de siempre.

Y pido perdón por cientos de gestos inoportunos
sacados a manojos de la mochila de mis dudas,
quizás para distraer de las verdades más profundas.
Pido perdón a tantos como quise,
a tantos como amé por todo cuanto hacían por mi
y a quienes, sin embargo, robé sus mejores versos,
sus sonrisas más ciertas y sus horas más precisas,
para esconderlos sin apenas darme cuenta
en bolsillos rotos de imperfección.

Ahora que soy mayor,
mis pasos aunque seguros, están lentos y cansados.
Ahora que escucho al viento los cipreses agitar
con violencia del norte y nostalgia del poniente,
ahora, exactamente ahora, os pido perdón.
Y que nadie pida más explicaciones ni rebusque en las esquinas,
no juegue con las hojas muertas
ni con los calendarios vacíos,
por eso ahora, precisamente ahora,
os pido definitivamente perdón.

José Luis Rúa Nácher
Ayamonte

RAÍZ DE REGALIZ
Ana Ponce de León

Los largos veranos de su infancia estaban llenos de olor a regaliz. Después de la comida, la liturgia de los platos entrechocando, vaciándose de restos, el ruido del agua enjuagando los cacharros y por fin, el silencio.

A la hora de la aborrecida siesta, los días que lograba resistir la calma y la quietud, cuando ya los mayores habían caído en el sopor de un pesado sueño, él salía despacio de casa, montaba en su bicicleta y se alejaba bajo un sol implacable, un sol de esos que solo los niños soportan sin buscar refugio.

Era el primer año que tenía bicicleta, otros veranos Vicente le esperaba agazapado detrás de la valla, Pablo se subía en el manillar y emprendían la marcha. En los repechos del camino se bajaba y corría como loco, sujetando el tirachinas, el pelo húmedo pegado a la sien y una maravillosa sensación de libertad.

Este verano su abuelo, que detestaba a su yerno mucho más de lo que quería al nieto, ya había dejado claro que tendría bici gracias a él, que era el abuelito quien lo sacaba de la casta de los parias.

El camino hasta los cañaverales era largo y de vez en cuando encontraban algún amigo, que al igual que ellos había logrado escabullirse de la tediosa siesta.

Las chicharras llenaban el aire con su canto, entre los juncos alguna polla de agua se veía obligada a hacer un movimiento inútil y cansino huyendo de las malintencionadas miradas infantiles, las charcas estaban llenas de larvas esperando eclosionar para transformarse en molestos mosquitos, en libélulas de alas transparentes, en prodigiosos helicópteros capaces de levitar encima de sus cabezas.

La mezcla de olores de mar, de sal y palo de regaliz. La espera, siempre la espera, ¿Guillermo habrá podido escapar? Él tiene una pequeña navaja y la sabe manejar, cuando Guillermo viene la cosecha de regaliz es grande.

—Vicente, no tengo ni idea de qué es esta raíz.

—Esa es venenosa, bruto, no se te puede dejar solo.

Pablo se sienta entre las cañas, busca con la mirada una buena rama de palmera para fabricarse un arco, se mira las piernas, que son como juncos, las tiene llenas de arañazos, las heridas escuecen pero eso, lejos de molestarle, le gusta, le da estatus.

Piensa y sonríe. ¿Que más me da?, a mí no me gusta el regaliz. Me gusta sentirme parte de esto, me gusta escapar, me gusta oler, me gusta volar en bicicleta, me gustan los ruidos del verano y ver a Guillermo cortar la raíz de regaliz con su pequeña navaja.

Pablo se tumba con las manos cruzadas bajo la nuca y una ramita en los labios como en las pelis de vaqueros. Es verano y tiene bicicleta.

Dos poemas de rosas y un cuadro
Javier Rueda

Rosas

Al amanecer el día,
ya sus pétalos
nos miran.
Pronto vierten su fragancia,
al sol y al viento le cantan.
Y cuando llega la noche
se esconden entre unos muros
que sólo a ellas acogen.

Esperan la luz del día.
Y con el alba, suspiran.

La rosa blanca

En el jardín de mi alma,
guardo una rosa blanca.
Sus hojas fueron cayendo,
y me quedó
su esperanza.
En días grises de invierno,
florece con luz de plata,
Al llegar la primavera,
sus pétalos al sol se abren,
y nos dejan su fragancia.

Rosas, de Javier Rueda

Nacer

Nacer es la cosa más grandiosa que uno hace,
y oponerse la siguiente
a morir subyugados los que son de mi clase
de mi sangre y mi simiente.

Si toda la simiente que uno siembra es la buena
pan tendrán con garantía
las criaturas del mundo que no tienen cena
una triste chirivía.

Ésta sí es la simiente que yo quiero en mi tierra,
sana, noble y Oriolana,
la que voy a sembrar mientras dure esta postguerra
para ti cada mañana.

Patria mía subyugada, pueblo mío hambriento
que el hambre te debilita,
y a consecuencia de no comer te lleva el viento
cual hoja de margarita.

A los confines más lejanos, a donde quiera
porque tú no eres nada,
ni siquiera una mercancía de tercera.
para esta fiera endiosada.

Para un arrogante que se ha metido al bolsillo
a la iglesia y a la monja,
pero jamás de los jamases a este chiquillo
que siempre ha sido una esponja.

Un precoz zagal que razona como un adulto
que tiene claro que no es,
ni será para un cruel desalmado un simple bulto
mientras tenga dignidad, pies.

La dignidad es un bien que cada uno hereda
cuando te pare una madre,
grandiosa y hermosa como toda una alameda
fecundada por un padre.

Hijo de incalculable nobleza y descendiente
de otra mujer hortelana,
llevo y llevaré de ellas la mejor simiente
y la mejor sangre humana.

Trinitario Rodríguez

El árbol desnudo (Otoño-Invierno)

A veces, nuestra vida es semejante a los árboles en otoño.
Quisiéramos dejar atrás nuestras pesadas hojas,
dejándolas al frío viento volar y navegar entre palabras.

Desnudando nuestras angustias, preocupaciones o penas,
para que la carga sea más liviana o más llevadera.
Es cuando aparece la íntima amiga o el amable amigo,
que recogen esas hojas como si fueran trigo.
Un trigo amargo, desafortunado. Un trigo dolorido.

Pero no hay nada peor que la traición de aquellos que escuchan,
callan y luego, con otros, juzgan y los revelan, como si ellos
mismos no padecieran de hojas que también pesan en las ramas
de sus inquietas almas.
Enterado el árbol, casi de improviso, se hace de hojas perennes.

Y es su grito silencioso y urgente, expresión de toda su rabia, su
impotencia y también todo su penar.

Su tronco se resiente, y en respuesta, se endurece como el granito,
se hace más frío y más ajeno al amor y a sus sentimientos.
Ocultando profundamente su corazón tan gravemente herido.

Mas, cuando este ser ya lo da todo por perdido, aparece de pronto
un ángel o un hada, que ni se pensaba, ni se le esperaba en esta
hora tan negra como aciaga.

Y será a partir de ahora, el hombro en quien llorar, y la persona en
quien, de nuevo, poder confiar.

Receloso el árbol, entregará sus hojas. Hojas cargadas de historias,
para olvidarlas de nuevo, y así poder descansar.

Esperando una primavera que aún estará por llegar.

Luís S. Taza Hernández

MI CABEZA NO
Adolfo Celdrán

Y cuando en la tertulia literaria me dijeron que fuera yo el que diera el tema para el próximo escrito, me pillaron por sorpresa, a traición casi. Debí de poner una cara espantosa y balbuceé - ¿Yo…?-. Insistieron. Y de mi cabeza y de mi boca apenas salieron sino palabras inconexas. -Mi cabeza no…- parece que articulé (casi desarticulé).

Y en un ejercicio de ingenio ajeno y colectivo, éste fue el tema. Fastuoso.

Por la noche, leyendo un cuento de Balzac, en uno de sus delicados razonamientos, recordé lo de "mi cabeza no", y la frase me poseyó. Hasta que tocó apagar la luz. Pero, en la oscuridad, en mi interior seguían resonando esas palabras. Quería dormir, pero mi cabeza no… Mi cabeza no… Así que me relajé, inspiré profundamente, espiré (con ese, no con equis)… Y poco a poco fueron desfilando ante mí temas que bailaban al ritmo de esas cinco sílabas: Mi-ca-be-za-no… Así siguió la cosa hasta que la somnolencia me rindió y comencé a verme en un cadalso situado en medio de una plaza, contemplado por vosotros, lectores, expectantes entre un público desconocido mientras todos, ellos y vosotros, ibais señalándome con el brazo extendido, el puño cerrado y el pulgar hacia abajo. Todos… menos uno, allá en el fondo, "el Innombrable", que orgullosamente mantenía el dedo corazón hacia arriba.

Y entonces se cuela en mi cabeza adormilada la razón científica del por qué unos seres humanos tienen el dedo corazón más largo que otros: O por genética, como todo, claro, o porque sus madres han sufrido procesos de estrés en el embarazo. Y recuerdo que existen trabajos que demuestran que esas personas del dedo corazón más largo son más agresivas que las demás, habiendo entre ellas asesinos, aventureros, militares y brokers legendarios. Y políticos tramposos. Y se me ocurre que esa es la explicación del conocido gesto de "la Peineta": Se enseña el dedo corazón orgullosamente en alto para indicar que lo tienen más largo, el dedo digo, que son muy agresivos y que cuidado con meterse con ellos, que ellos pueden meterse contigo y pueden metértelo en el ojo por ejemplo para no ser grosero, gesto intuitivamente muy bien interpretado por nuestro presidente en el litigio (bien es verdad que simulado y diferido, pero cierto) que tiene con "el Innombrable". Gesto, el de la Peineta, que puede traducirse en definitiva como amenaza. Aunque el pueblo soberano lo exprese frecuentemente de una forma mucho más gráfica. Incluso más pornográfica.

Amenazado por todos estos pensamientos y empujado por "el Innombrable", que ahora está detrás de mí (en los sueños, como en la relatividad, el espacio y el tiempo se contraen), subo irremediablemente los escalones que me conducen al patíbulo. Miro hacia arriba y veo un instrumento ingenioso, parecido a un sacapuntas pero a lo bestia. Y fríamente descubro lo que es, y hasta me siento orgulloso de mi inteligencia al descubrirlo: Es la guillotina.

Ante mí, un capazo colocado para recoger caritativamente las cabezas, contiene seis o siete, que se muerden los pelos las unas a las otras, posiblemente en un último intento de camaradería amistosa y entrañable, o agresión salvaje.

Miro hacia atrás y me veo acompañado por la nobleza francesa, rey incluido, que esperan su turno. Afortunadamente también estáis vosotros y eso me tranquiliza mucho y os agradezco vuestra compañía.

"El innombrable" se prepara, se pone una máscara y tira de la cuerda de la cuchilla, que sube aún más, y yo entro en pánico. Me hace arrodillarme y apoyar el cuello en un hueco ensangrentado. Me avergüenzo de la posición y hasta vigilo la del Innombrable, que está peligrosamente detrás de mí. No me gusta el cuadro que componemos, pero hay algo que me preocupa aún mucho más – ¡Mi cabeza no!- grito – ¡Mi cabeza no!- Silencio. –Miren- digo, si quieren pueden cortarme una mano… un dedo… de la mano izquierda, por supuesto, el meñique… La falangeta sólo, o mejor aún la uña- Pero entonces recuerdo que las uñas me las corté ayer y no tengo apenas – ¡El pelo, córtenme el pelo!, que ahora lo llevo largo, y así aprovecho y me ahorro ir al peluquero, que es una estúpida forma de perder el tiempo ¿vale?, ¿vale?-

Y entonces mi cabeza da un salto. Metafóricamente, digo: Es curioso esto de que uno no pueda morirse en sueños, que tenga seguro gratuito y sempiterno de vida noctámbula. Y ahora estoy en la peluquería, sentado con la cabeza hacia atrás para que me laven el pelo antes de cortármelo, y la chica que me lo va a lavar me pregunta -¿Está cómodo así?- Yo muevo la cabeza afirmativamente -¿Puede echar la cabeza un poco más hacia atrás?- Y yo le contesto, relajado y feliz: - Sí. Mi cabeza sí.-

Una gitana

Una gitana cantando
me despertó con la aurora.
Con falda negra y volantes
una peineta en sus rizos
que sujetaba las ondas.

Corriendo me fui tras de ella,
quería verla y hablarla.
Detenidos en la sombra
los dos juntos nos miramos,
hablamos de pocas cosas.

Su cuerpo era de bronce,
sus pechos color de rosa,
entre ellos un clavel
reventón como su boca.

¿Quién eres tú? me pregunta.
Yo soy quien tú no conoces.

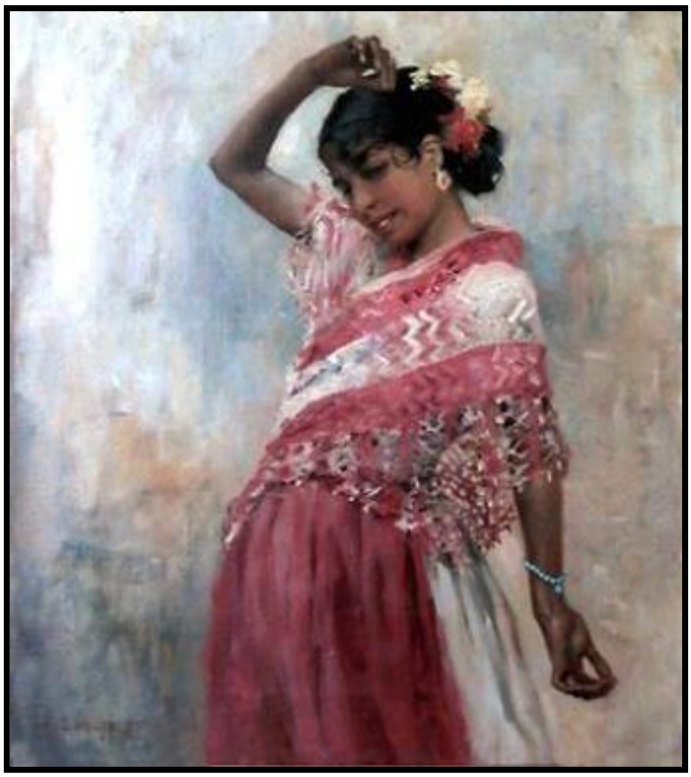
Sus pestañas me estorbaban
para ver sus ojos grandes
brillando en luz de sombra.

Un diálogo de rosas
entre nosotros quedaba.
La besé donde ella dijo.
Las nubes y el sol miraban.

En el centro del camino
me echó la buena Ventura
con sus manos de sultana.
En sus dedos tres anillos
dos de hierro, uno de plata.
Puso la mano en mi pecho
acaricio mi garganta,
de pronto se dio la vuelta,
cogió un pañuelo de flecos
con él se tapó la cara.

En un silencio lejano
poco a poco se alejaba,
mas se la oía cantar
perdida ya en la distancia…

Javier Rueda



Gitana, Albert Edelfelt
(Pintor finlandés S. XIX)

Al incógnito amado

Espérame en las alas
en el resquicio abierto de las puertas.

Espérame en el puente
desde el que lancé el pasado
en un barquito herido
de papel sin velas.

Espérame desnudo
sin miedo a que te duelan
los hombres, las razones
el grito, las respuestas.

Espérame amor mío
en medio de la Tierra
mamando en mis raíces
futuras primaveras.

Espérame en el agua
que grita por tus venas
en la cálida luz de mis ojos
que llegan
convocando en tu boca
la más dulce presencia.

Espérame amor mío
en medio de la Tierra.

Julia Díaz Climent

Reinventarse

a veces
hay que decir adiós
aunque el alma se arrugue en despedidas

decir adiós
cuando la boca se vacía de besos
cuando la risa
es sólo recuerdo de otras risas
cuando se hiela el corazón
y una historia se acaba
sin querer darnos cuenta

decir adiós sin más
sin equipaje
descubrirse sin piel
y con asombros
reinventarse en mil sueños desterrados

a veces
hay que partir
arrancarse los miedos de un zarpazo
quemar las naves de todos los hastíos
sacar la voz
gritar
guardar la sensatez en los rincones

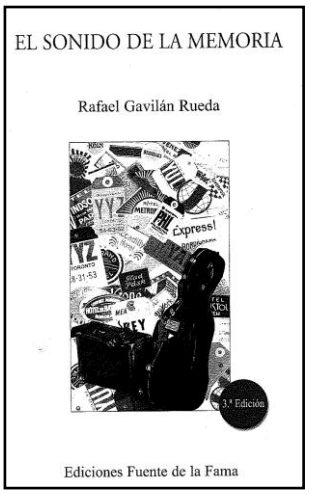
partir
para inaugurarse de sueños
para cambiarse de vestido
y sorber copos de aire en las esquinas

Decir adiós
hasta alcanzar mil distancias sin orillas
adiós
para no volver
para empezar de nuevo

María Cristina Espinosa

COMENTARIO AL LIBRO El sonido de la Memoria, de Rafael Gavilán Rueda

Mercedes R. García-Olías



Hace pocos días asistí en el Forum 80 Mundos a la presentación en Alicante de esta novela. Un cuarteto de alumnos del Conservatorio Superior de Música de Alicante y sus cuatro violonchelos nos deleitaron con varias piezas a lo largo del acto. Salí liviana, alegre con el libro dedicado por el autor bajo el brazo.

No sabré hacer comme il faut una crítica literaria de la obra; aunque podría proponérmelo hincando los codos y tomando notas según lo iba leyendo, como en mis mejores tiempos de estudiante. Pero ya, superados los sesenta, pues no, va a ser que no; no quiero hacerlo. De modo que sólo cabe hacer este comentario subjetivo y contar lo que la novela me dice, lo que he sentido y aprendido leyéndola.

La novela es la autobiografía de un violonchelo único, creado por el artífice Guarneri en su atelier de Cremona a mediados del siglo XVIII. Teóricamente un "objeto" (madera, clavijas y cordajes).

Ya sentí algo con los primeros párrafos pues el violonchelo habla por sí mismo y va, en adelante, a contar sus doscientos cincuenta años de existencia, sus cuitas, azares, aventuras y andanzas por la faz de la tierra: quiénes fueron sus dueños materiales, quiénes los dueños de su corazón vanidoso, quiénes le hirieron y cómo fue curado por manos diestras en diversas ocasiones, de qué peligros escapó o sucumbió.

Largos fueron en tan dilatado periodo de tiempo sus encierros en silencio y muchos sus despertares, regocijos y resabios para intentar que no volvieran a abandonarle en la oscuridad.

Un violonchelo que amó, se enamoró, fue indiferente ante unos y vibró hasta el éxtasis con otros.

Sentí de inmediato que era un personaje cuya carne era madera hueca, clavijas, cuerdas y tensiones, pero dotado de inteligencia, sensibilidad y personalidad propia. ¡Fascinante! Llegas a comprenderle, a sentir con él sus propias emociones (las universales emociones que se viven cuando la música te roza y te conmueve) y eso sin "entender" de música, sin distinguir especialmente a los maestros compositores.

Y como telón de fondo, cuadros breves y esquemáticos de los acontecimientos y sucesos históricos basados no en la Historia sino en la mínima e íntima experiencia personal del magnífico personaje. Un acierto literario (a mi juicio) que el autor, Rafael Gavilán, no haya sentido la tentación de escribir medio centenar de páginas más llenas de peroratas, juicios de valor y enfoques (paja literaria, relleno).

El tiempo literario discurre, bien trabada cada referencia a un lugar y una época; lo imprescindible para ubicar al personaje. La prosa fluye, precisa, clara, elegante.

En una segunda lectura (ya vertical y transversal, como dijo D. Manuel Desantes en la presentación) busqué en mi fonoteca los compositores y las piezas que en la novela se mencionan y fui escuchándolas, gozándolas en cuerpo y alma.

Al propio tiempo aprendí, definitivamente, que muchas de las mejores novelas del siglo XX no superan apenas las ciento cincuenta páginas.

La novela va por su tercera edición en memos de un año. ¡No es para menos!

Academia platónica

El rey se muere.
EUGEN IONESCO.

LE DIERON A TU PUEBLO UN DIOS, UN REY
un maestro de retórica y un poeta. Sí, también un poeta.
El poeta cantaba excelencias del dios,
lagartija amarilla sobre el cielo,
las proezas del rey en la batalla
y el silencio y la paz de su reinado.
Armoniosamente
paseaban el retórico
y el poeta, ignorando que el aire
borraba ilusionado los poemas perfectos,
blancoazul de los mares
y pórticos de gloria.

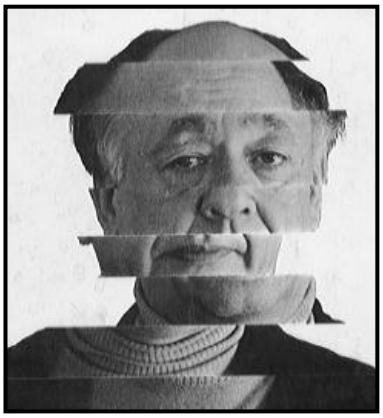
Porque delgado el aire penetraba escondido
entre los ojos muertos
entre manos cortadas
que un día pidieron pan para los suyos.
Y el aire, sólo el aire,
descubría que la frontera
empieza en el clavel cerrado,
que la paz se hace amarga
cuando el silencio es muro.

El aire, sólo el aire,
visitaba la tarde
sin estrellas, hospitales de tristes
sin besos en la boca,
manantiales sin gozo
y limoneros muertos sin azahares.

Callado siempre el aire
abriendo galerías en palacios y templos,
miraba, no con pena, un baldaquino roto
y una sombra de mugre
que coronaba al rey.

Juan Vicedo

→ → → →Eugen Ionesco→



LA CASA DE LA SIERRA
Carmen Navarro

Durante años he buscado en mi cabeza la causa de por qué, habiendo nacido y vivido en lugares donde el mar ha sido el paisaje que siempre he visto, en donde las playas estaban a tiro de piedra, añoraba tanto las montañas. Pasaron los años hasta que llegó el momento de formar un hogar. Seguíamos viviendo cerca del mar; casada y dentro de la libertad que da una familia como la mía, de cuatro varones y con mi marido cinco, pasaba muchos ratos pensando en las montañas. Cuando crecieron mis hijos, en los veranos alquilábamos una casa rural en el norte, rodeada de montañas, donde los fuertes verdes luminosos me reconfortaban. El cambio de colores era grande, pasaba de los azules del mar a los verdes del paisaje. No sabría definirlo de otra forma: me sentía feliz. Un día en el que hacíamos senderismo, vimos una casa majestuosa, construida de piedra sobre piedra; parecía que hubiera brotado del suelo. Pregunté en la casa más cercana a quién pertenecía, así supe que la vendían, comprobé la grandeza del lugar, en el que sólo había diez caseríos esparcidos. Cada casa tenía su huerto delante y a espaldas las montañas, la visión del terreno quedó prendida en mi retina. El caso es que cuando terminó el verano busqué a los propietarios, y al no pedir mucho por ella, decidí comprarla con el pequeño capital que heredé de mi padre. Al preparar la escritura, supe que quien la vendía y mi padre murieron el mismo día; además, por el notario, me enteré con sorpresa de la historia de mi familia. Habiendo dejado la hacienda al hijo mayor, costumbre en aquella época, -mi padre era el pequeño-, su hermano vendió la propiedad y mi padre salió de su tierra al enterarse de la venta. Él vivió con esa espina, aunque jamás salió una queja de su boca.

La casa me atrajo; sin saber qué fue de mi abuelo el destino me llevó hasta ella, y una vez comprada, busqué por todos los rincones hasta que encontré en la leñera dos tirachinas olvidados, uno con el nombre de mi padre y otro con el de mi tío, al que nunca conocí. En la pared también había unas marcas de pintura, indicando con una fecha lo que crecían en cada año. Qué emoción recorrer aquella casa; aunque estuvo muchos años abandonada, para mí estaba viva. Intenté adivinar de entre todas las habitaciones, la que fuera de mi padre; no sé si acerté, pero tengo que decir que cuando entré en una me envolvió una dulce fragancia, no lo dudé, aquella sería también mi habitación. Me ha quedado claro, que al igual que se heredan los genes, carácter y bienes, yo también heredé el amor a aquellas tierras que lo vieron nacer.

Cantares de Somontes

Mientras el sol de la tarde
se va despacio apagando,
en el Río de Somontes
dos niños se están besando.

Repica el aíre una copla
que habla de amar y sentir,
mientras se hace un juramento
que nunca se ha de cumplir.

Abrojos que hierba fueron
que el tiempo los fue matando,
en el Río de Somontes
dos niños se están besando.

Debajo del arbolito
que tanta sombra les daba,
y aún recuerda aquellos cantes
que el niño aquel le cantaba.

Amor de verdad y mentira
que el agua se fue llevando;
en el Río de Somontes
dos niños están llorando.

Manoli Dafauce

Que estás en los cielos

Eterna rosa
que exhala aromas
de imposible olvido.
Suave flor
que ilumina cada noche
como estrellas de pureza,
la plaza nunca olvidará
tu verbo
de grato recuerdo.
Tu vacía silla
siempre llenará nuestros oídos
de una esperanza
hecha bondad.
Tu alma allá arriba
donde las risas acarician la mar
siempre protegerá
a aquellos que te aman,
y aquí entre nosotros
tu siempre estarás
escribiendo un hermoso pasaje
de nuestras vidas
que guardaremos
siempre en nuestros recuerdos.

Ricardo Pérez

POEMAS PEQUEÑOS
Francisco Alonso Ruiz

¿Siempre es la muerte la misma mujer,
desde el primer día
o este es oficio que pasa
de madres a hijas?

Aunque yo sepa y conozca
que he venido a quedar muerto
quiero un siglo más de vida
antes de pasar el puerto.

Al fin y al cabo sabemos
que las normas son sabidas.
Hay que morirse más pronto,
hay que vivir más deprisa.

A tantos Cristos se ha crucificado
que se ha acabado la madera.

La enciclopedia de los desengaños
ocupa varios libros.

Se va convertir en dogma
lo innecesario y lo superfluo.

No le des poder al imbécil
que construirá una cárcel.

Ayer se hicieron dogmas
sobre lo sagrado y lo profundo.
Pero hoy se siguen haciendo
sobre banalidades.

Vienen los ejecutivos
y cualquier futilidad
la convierten en
importancia y grandeza.

Hay dos alternativas:
o la lucha o el llanto.

Di aquello que se te ocurra
sobre aquello que no sabes,
te aplaudirán veinte necios
y serás hombre importante.

La alabanza, el elogio,
hay que rebajarlos con agua.

Busca el rincón apartado,
hay más sombra y quietud.

La rima no es música
sino aire que tiembla.

La emoción vive en el poema
pero la expresa el lector.

El tamaño de la verdad no es importante
lo importante es que sea verdad.

No hay ojos que alguna vez
no vean algo existente.

Cuanto más te acercas
la vida es más grande,
y el que mira más ciego.

Nunca entendí
que costara tanto
pensar en las cosas.

Y todas estas imbecilidades
para morirse uno.
Sigo amando la vida
¡y así me va!

Rodeados de presencias,
ángeles, dioses y mitos,
para mí no existe nada
que a la vida dé sentido.

DOS NOTICIAS AUCANAS

En Auca de las letras de Alicante nos sentimos muy orgullosos y contentos por el premio que el Consejo Social de la Universidad Miguel Hernández de Elche (Cátedra Miguel Hernández) ha otorgado a nuestro socio y gran amigo Adolfo Celdrán el pasado miércoles 4 de Marzo del 2015, por su contribución histórica al reconocimiento del poeta.

Luis S. Taza, Presidente de la Asociación Auca de las Letras

Recordando a Cervantes

Según se ha confirmado por noticias de prensa el día 25 de enero del año en curso, los restos mortales de Don Miguel de Cervantes que desde 1616 habían permanecido en el Convento de las Monjas Trinitarias del barrio de las Letras de Madrid han sido reconocidos como pertenecientes a Don Miguel de Cervantes por el prestigioso forense Francisco Etxebarría.

Más allá de aquellos elementos que pudieran considerarse como folklóricos o meramente circunstanciales, la consecuencia verdaderamente trascendente del feliz hallazgo debería ser el verdadero interés por la divulgación, nunca suficiente, de las inmortales obras del más ilustre de nuestros escritores.

Por nuestra parte, desde nuestro limitado ámbito, ya en el año, 2005, con motivo del cuarto centenario de la publicación del Quijote, dedicamos el número 3 de nuestra publicación a esta conmemoración.

Manuel Parra Pozuelo

Asociación Cultural
AUCA de las Letras